LETRAS SALVAJES

Revista de Literatura, Arte y Pensamiento de alta velocidad

46

Editor

Alberto Martínez-Márquez

ISSN 2638-9711

Editor en jefe:
Alberto Martínez-Márquez

Fotos de portada y contracubierta:
Alberto Martínez-Márquez

Diagramación: Alberto Martínez-Márquez

Composición y diseño de la portada e interior:
Nasón Purim

Edición y corrección: Rogelio de Sart

Logo:
Iván Figueroa Luciano

Letras Salvajes es una publicación sin fines de lucro, que se rige por la libre economía de la koinonía.

Copyleft © 2026

Esta revista puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o a través de cualquier medio electrónico, mecánico, copia fotostática, grabación u otros métodos que permitan su libre difusión y consumo

Esta revista no recibe subvenciones algunas de individuos ni de agencias de gobierno, partidos políticos, alianzas público-privadas, grupos religiosos, entidades corporativas nacionales o transnacionales.

Favor de dirigir sus colaboraciones al correo-e:
revistaletrassalvajes@gmail.com

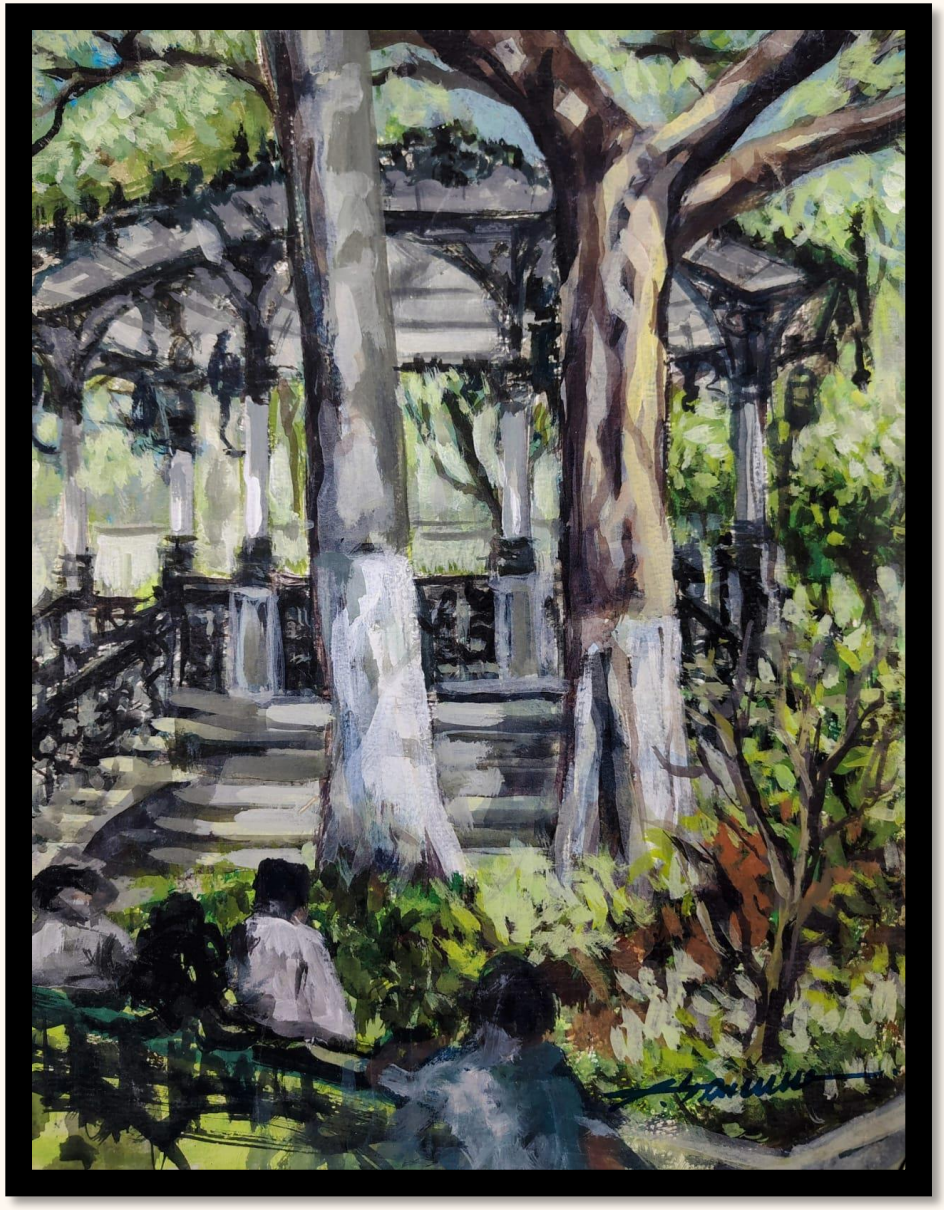
Para envío de libros, revistas, cd-roms, dvds o cualquier otro material apalabrado o audiovisual, e incluso palabras lindas e insultos, favor de escribir a la siguiente dirección:

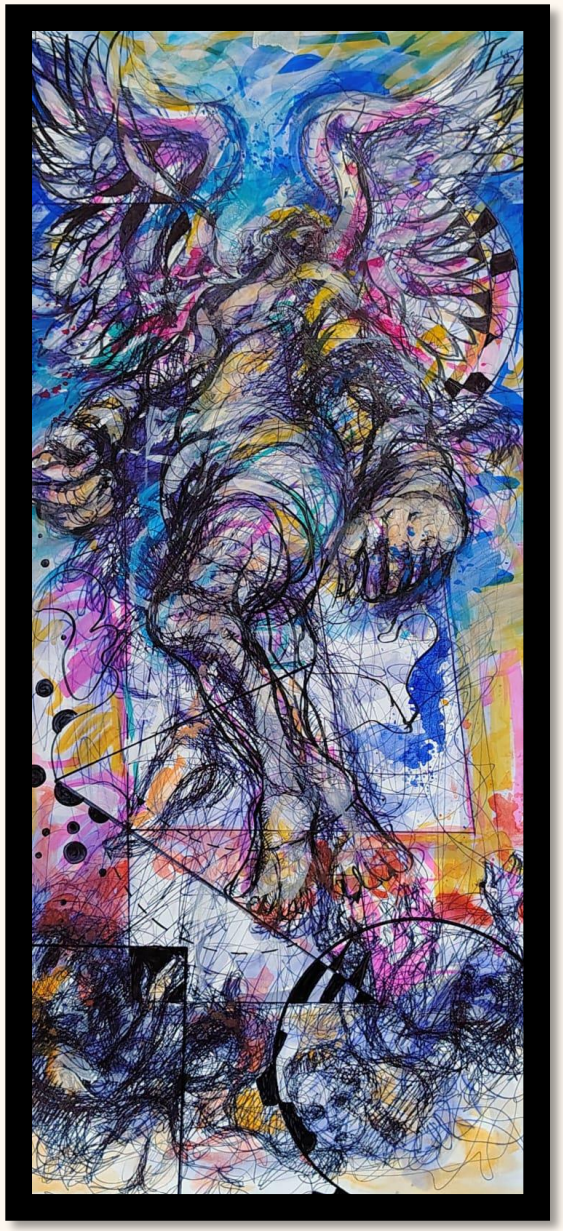
Alberto Martínez-Márquez, Editor
Letras Salvajes
P.O. Box 850
San Antonio, Puerto Rico 00690

Índice

- *Portafolio Salvajes:*
  Adrián Snchez Oropeza 1
- *Del diario de Viernes:*
  Adriana Maggio 19
- *Fotografías de Orpheas Green* 29
- *Sílabas del boscaje:* 35
  - Rubén González Lefno 37
  - Zindy Rodríguez Tamayo 43
  - Marta Emmanuelli 51
  - Soraya Marcano 57
  - Julie Paola Lizcano 62
  - Sulma Montero 68
  - Marcela Barrientos 74
  - Vanessa Fens 77
  - Limary Ruiz Aponte 81
- *Fotografías de Ana Pobo* 87
- *Las sirenas del manglar:*
  Pedro Varguillas 93
- *Pinturas de Ángeles Santos* 109
- *Grafemas para caníbales:*
  Luciana Moraes 117
- *Fotografías de Rafael Brito* 123
- *La pupila del jabalí*: 129
  - Margarita Bustos 131
  - Marioantonio Rosa 137
- *Pinturas de Adam Emory Albright* 145
- *Mapa de lo agreste:* 151
  Saeed Salama 153
- *Bestiarium* 155

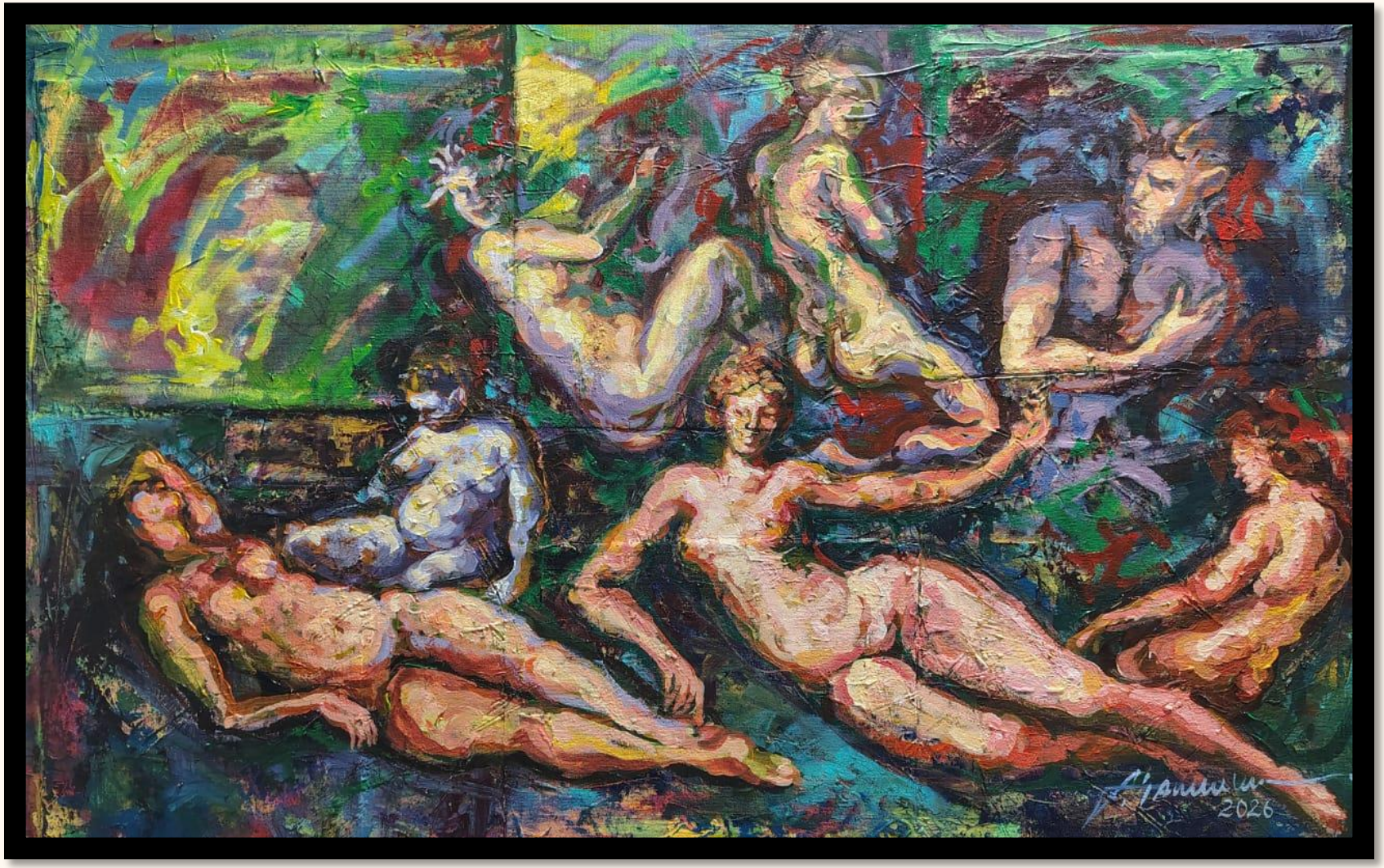
[Portafolio Salvaje
Adrián Sánchez Oropeza]

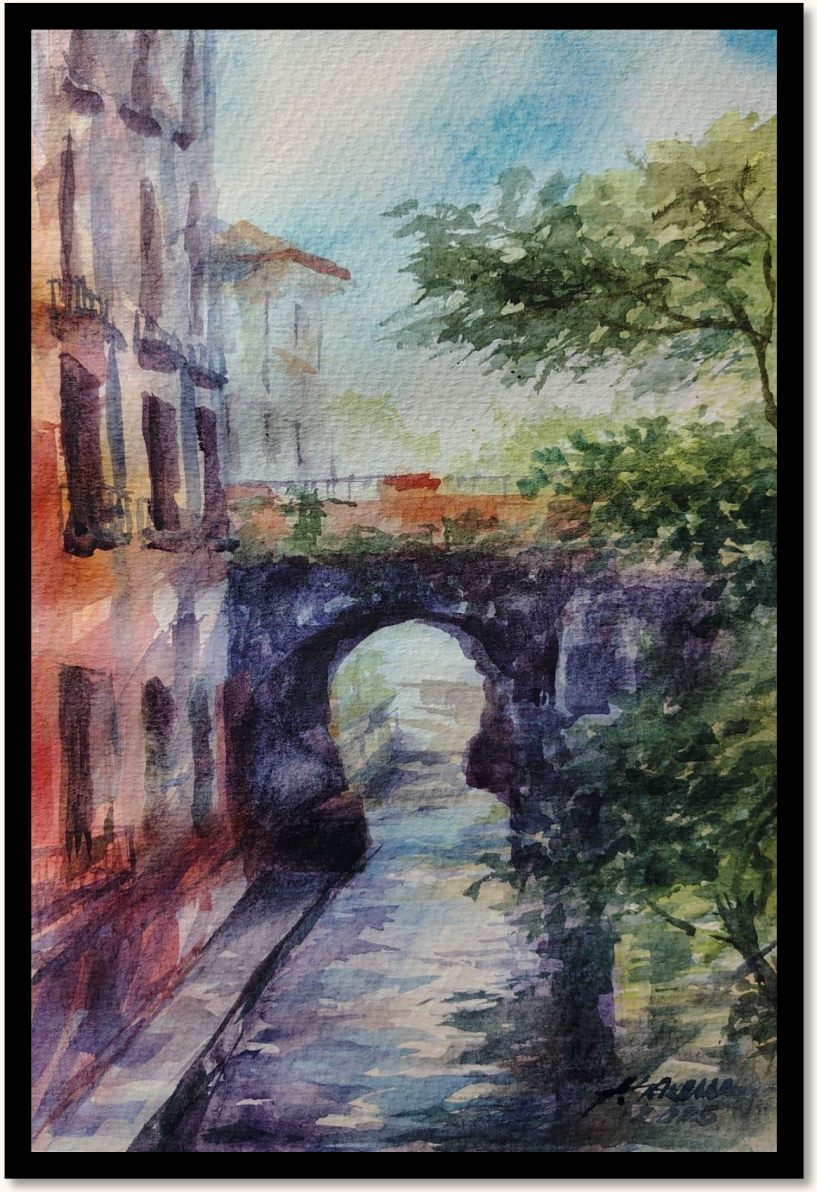


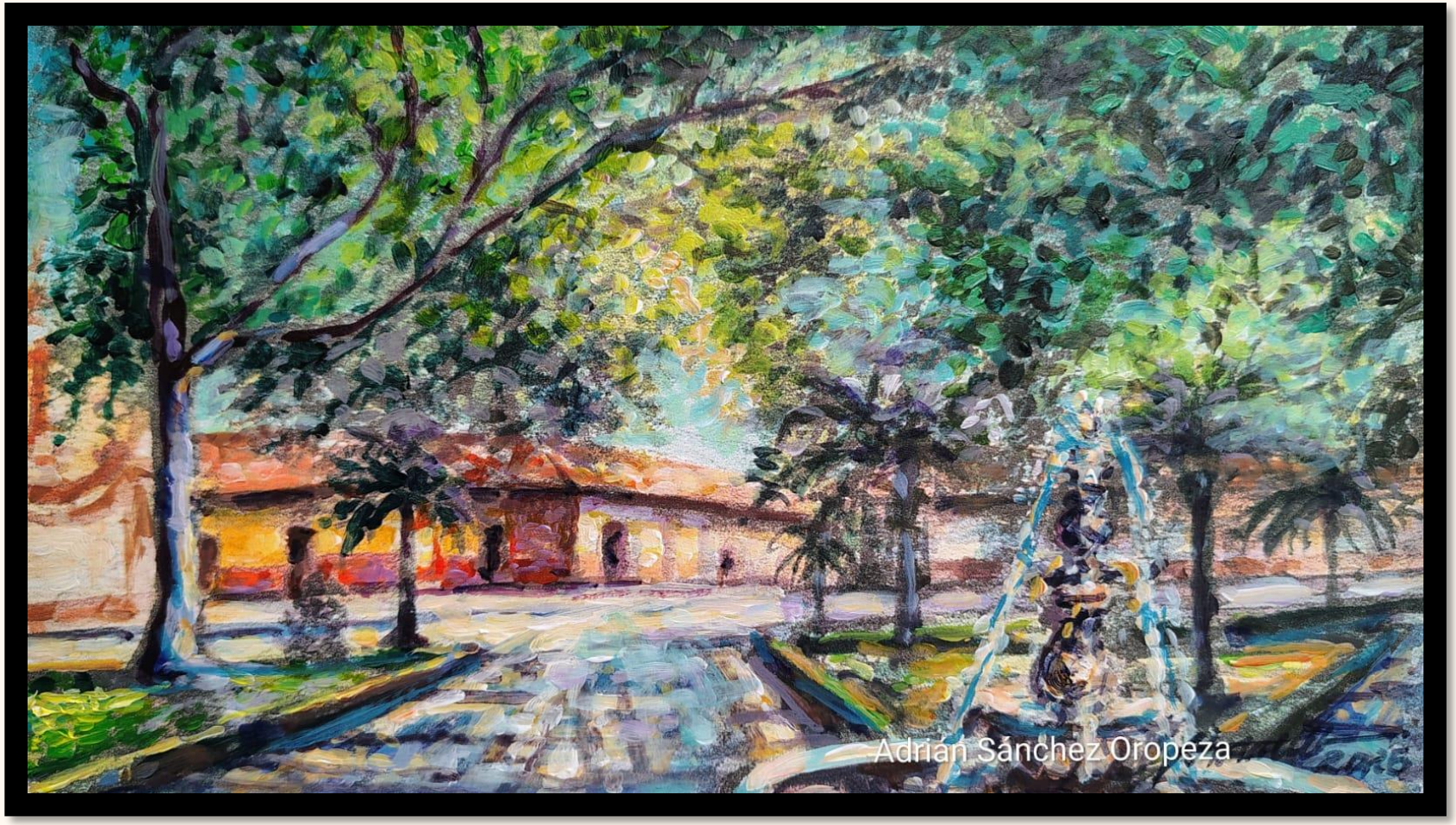


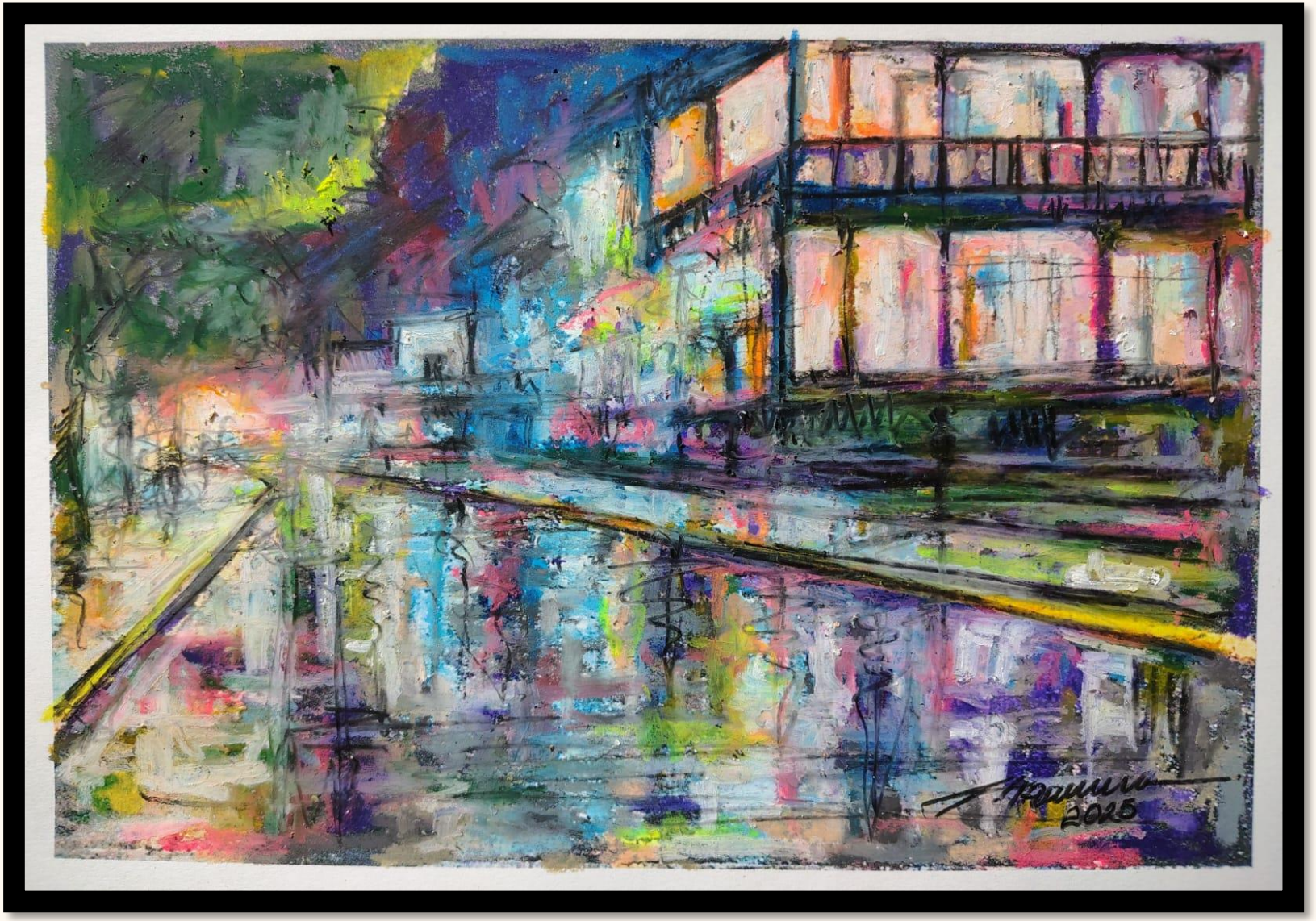
4

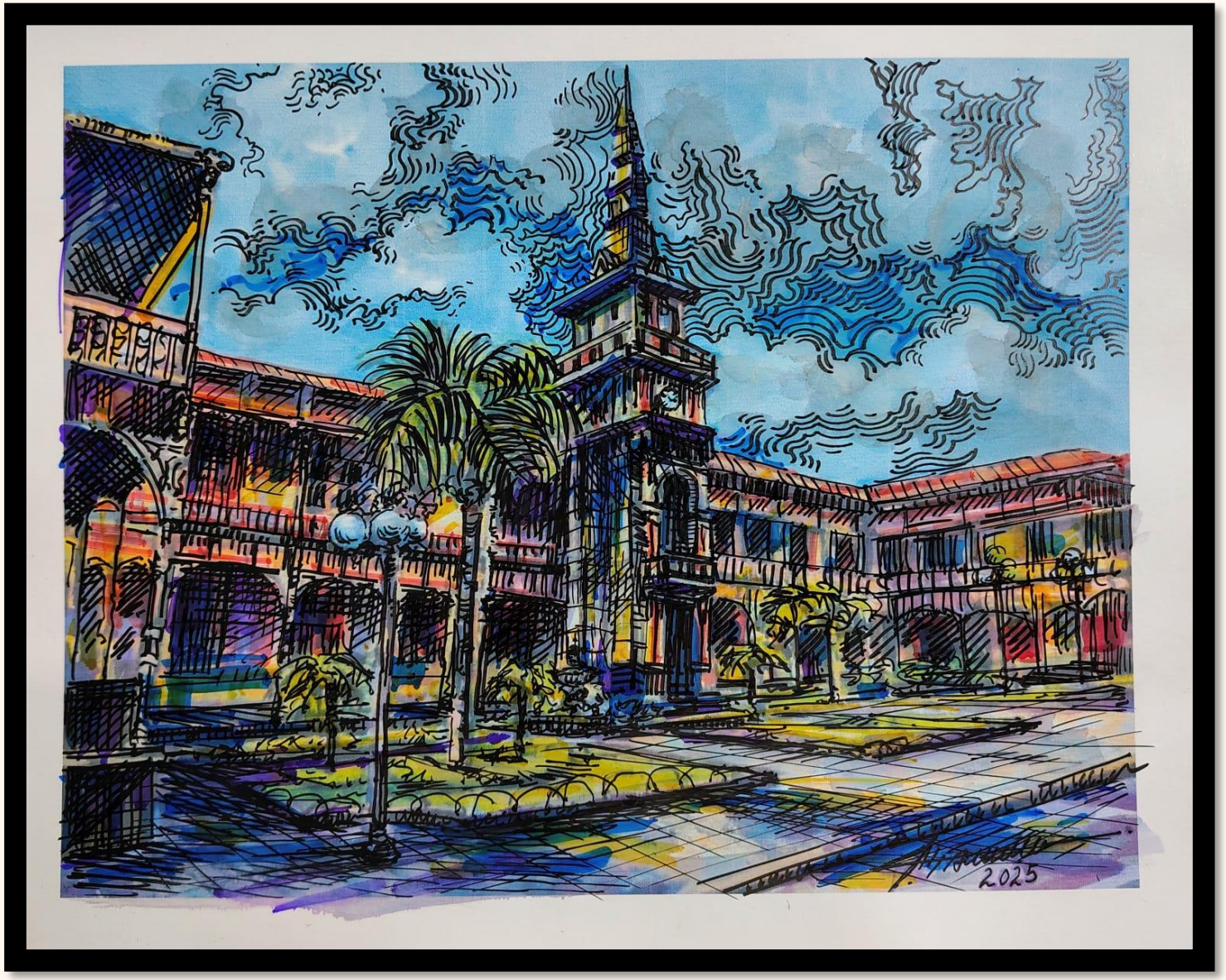
Adrián Sánchez Oropeza
artista plástico

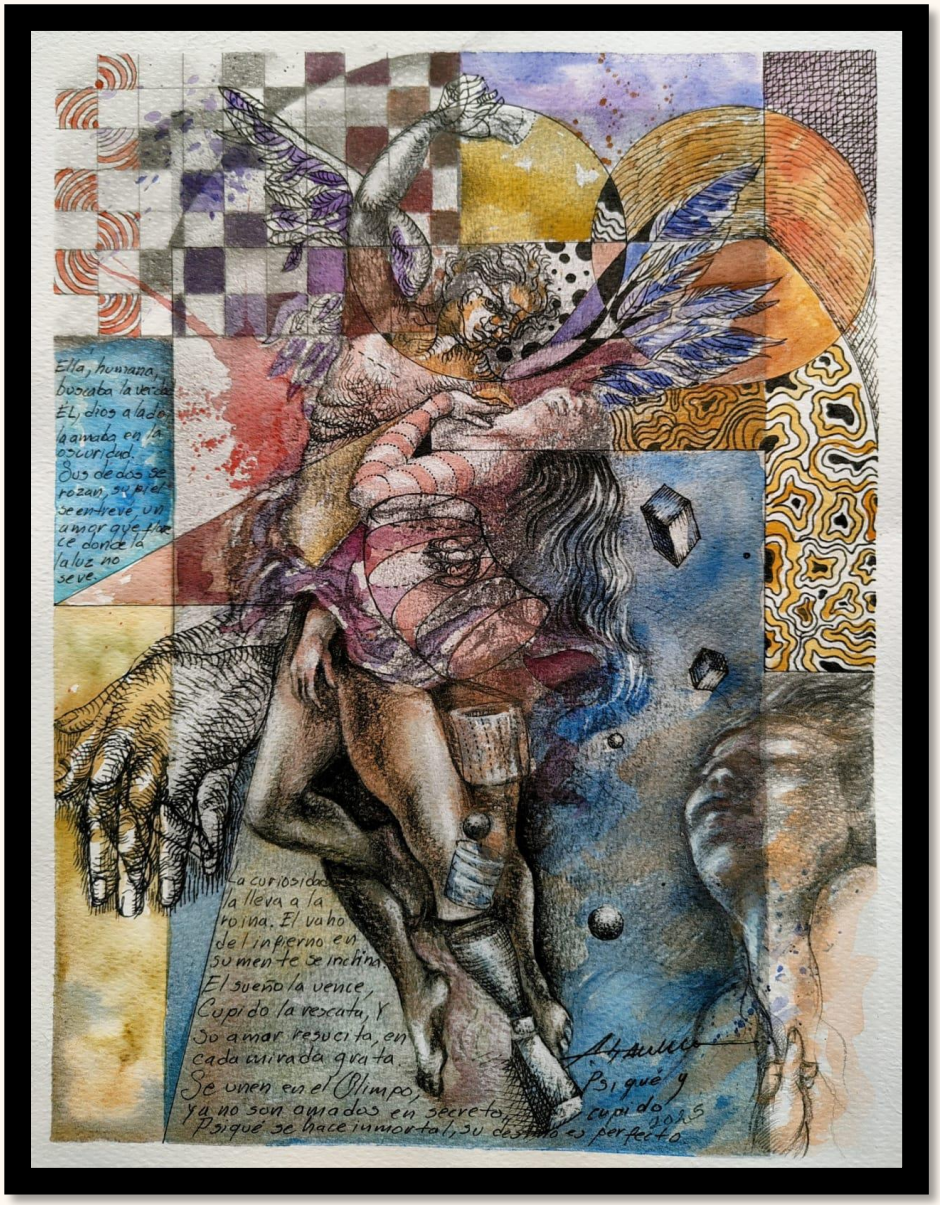

2026

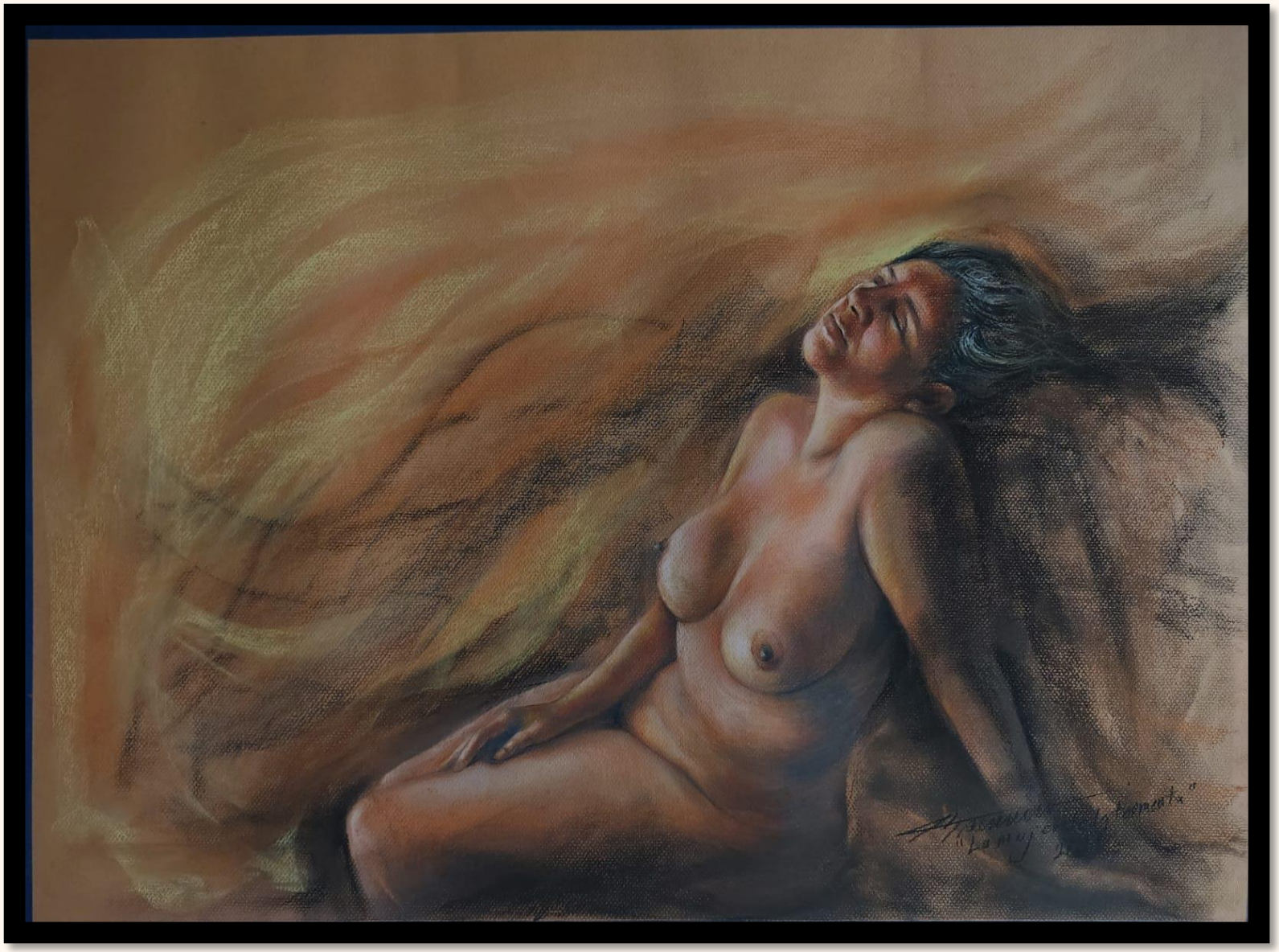



Adrián Sánchez Oropeza

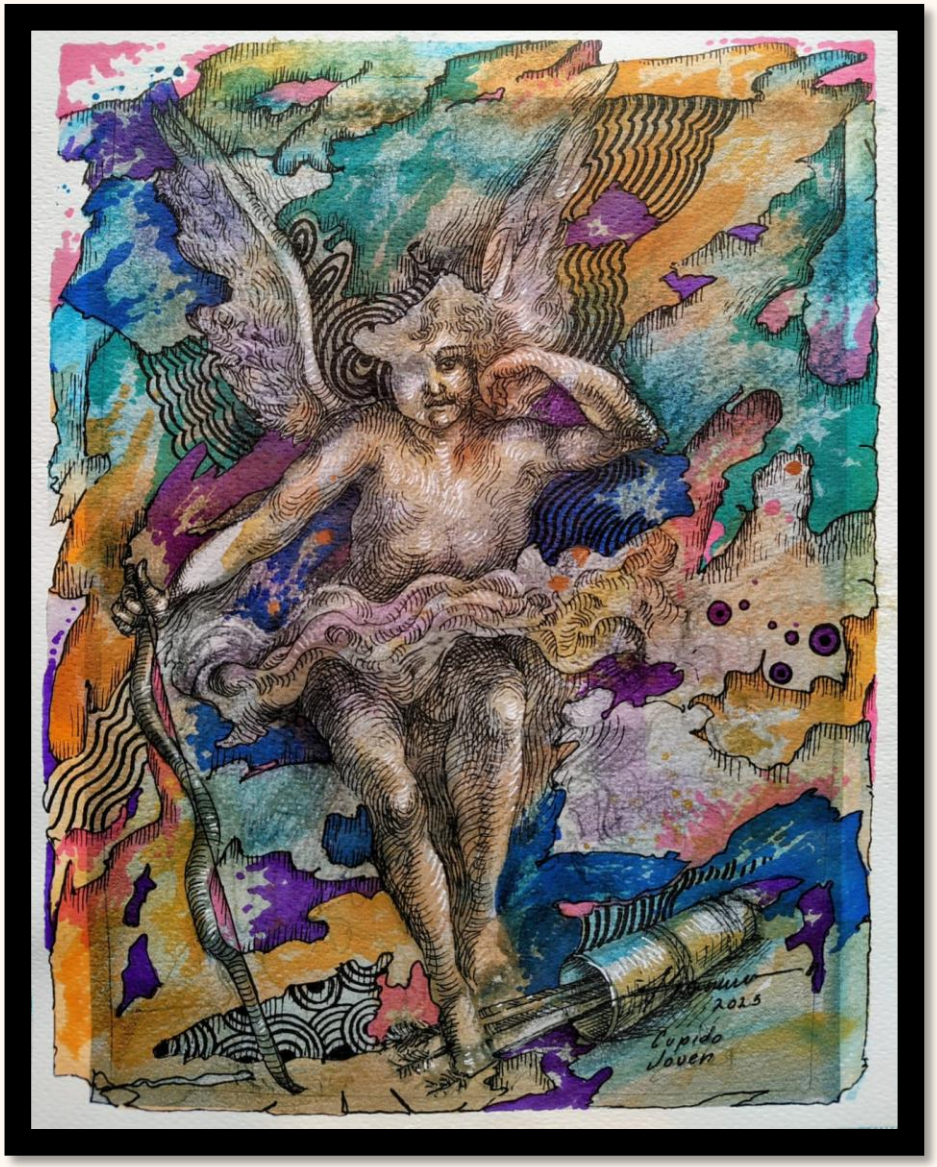

2025


2025


Ella, humana,
buscaba la verdad
El, dios a lado
la amada en la
oscuridad
Sus dedos se
rozan, su piel
se enbreve un
amor que tras
ce donde la
la luz no
se ve.
La curiosidad
la lleva a la
ruina. El vaho
del infierno en
su mente se inclina.
El sueño la vence
Cupido la rescata, Y
su amar resucita, en
cada mirada grata.
Se unen en el Olimpo,
ya no son amados en secreto.
Psique se hace inmortal, su destino es perfecto
Psique y
cupido
2025



Adrián Sánchez Oropeza
artista plástico


2023
Cupido
Joven

Adrián Sánchez Oropeza es un destacado artista plástico y gestor cultural originario de Orizaba, Veracruz. Con más de 35 años de trayectoria, es egresado de la Facultad de Artes Plásticas de la Universidad Veracruzana. Su obra evoluciona entre lo figurativo, lo geométrico y el expresionismo abstracto. El paisaje orizabeño, sus montañas y su arquitectura histórica son protagonistas constantes en su producción. Domina técnicas diversas que van desde la tinta china y el óleo hasta el uso de plumones acrílicos. Recientemente inauguró la exposición "*La sustancia de mi tierra*" como homenaje a su región. Además de creador, es un activo educador que dirige su propio taller artístico en Orizaba. Promueve el coleccionismo local e internacional, conectando con coleccionistas de América y Europa. Su talento lo llevó, a los 20 años, a realizar un retrato por encargo para el presidente de México. Hoy en día es considerado una de las figuras clave del arte contemporáneo en las Altas Montañas

[Del diario de Viernes: Adrianna (Dirbi) Maggio]

Por amor al agua

el agua es vida lo sabe tu sed
tu cuerpo / enamorado de su origen

es regocijo juegas con ella la bebes
dejas que corra en la ducha por tu espalda

el agua es belleza lo sabe el río
que salpica su hermosura entre las piedras
y el mar / hechizado por su rostro en el abismo

es dinero que nada en las piscinas de terrazas señoriales
y les falta a los sedientos

el agua es oro lo saben las mineras
que la beben y la beben / a millones de litros
y se llenan de millones
y vomitan los restos de cianuro en nuestros ríos

es muerte lo saben Buenos Aires y Santa Fe
Formosa y el Litoral
anegados en llantos que nadie encauza

lo saben las madres africanas
que se cuelgan de los árboles como frutos macabros
para no oír cómo se quiebra la garganta de sus hijos

ama al agua
como a ti mismo
comparte tu copa
en esta casi última cena
que celebramos en la Tierra

Llueve en el poema

La lluvia escribe sus versos mojados
sobre la tarde.
Llueve dentro de mí
como en un templo antiguo
sin vidrios y sin dioses.
Es una lluvia lenta
enamorada de caer.

No sabré qué hacer
cuando cese
y deba retomar la vida
fuera de mis corredores.
Quizás duerma mansamente
abrazada al gato que no está.
Quizás muera de cielo
y no llueva nunca más.

Por ahora llueve.
Los malvones brillan

de gotas verdes,
unos pétalos blancos se deslíen
en la frialdad del patio
y el cielo de plomo
sigue escribiendo
su melancolía

Di sección

A Diva Agar Méndez
Por la magia de las coincidencias

Di minuto y simula tu tamaño atemporal
sobre la tierra.
Di vulgar y avergüénzate de ser procaz
a los cuatro vientos.
Di sentir ¿podrás así explicar
la pasión por las fronteras?
Di vagar y atraviesa el camino
con la bohemia de tu fantasía.
Di verso y finge dominar
con una línea afilada
al ejército de la intolerancia.
Di vino y bébete todo el cielo
a fondo blanco.

El gran teatro del mundo

Es un crimen
hablar de la pobreza
quitar identidad a los que sufren.
Hablemos de los pobres
de los que tienen nombre y apellido

y no comen.

Cuando vos y yo comemos
y evaluamos el punto de la pasta

no comen

cuando vos y yo tiramos
los restos del almuerzo
cuando los que comen siempre
devoran con negocios y mentiras
los panes
que los pobres no se comen
cuando el poder niega
o lanza estadísticas y exige
ajustes y esperanzas

no comen.

Trece millones de hambrientos
rodean nuestras mesas
y seguimos manejando los cubiertos

masticamos y tragamos
repetimos y votamos (botamos)
como si todo el género humano
tuviera
el estómago lleno.

***

Yueve yuvia
yuuuuuuuu
tanto yueve
yévate el yanto
mézclate al yanto
yévateme hecha yo
puro yanto
pura yuvia
que se lo yeva
yueve yévateme
que no quede hueya de mí
de mi agua
yuévetela toda
yuviamente toda

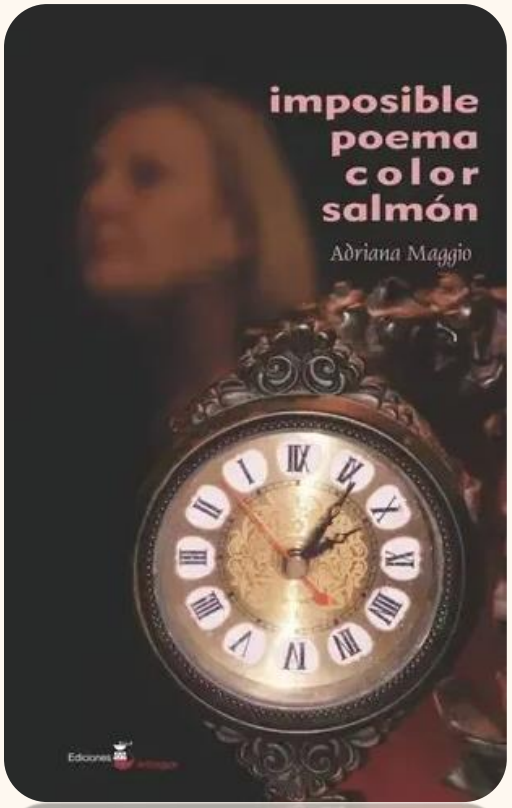
que no quede ni

Migrantes caminan
por las líneas de mis manos
vienen de lugares remotos
huelen a albahaca a miel
a ciudades antiguas
miran con los ojos grises del océano
con los ojos pardos de la montaña.
Recorrieron miserias
con sandalias de pescador
y papados
con sus pies descalzos.

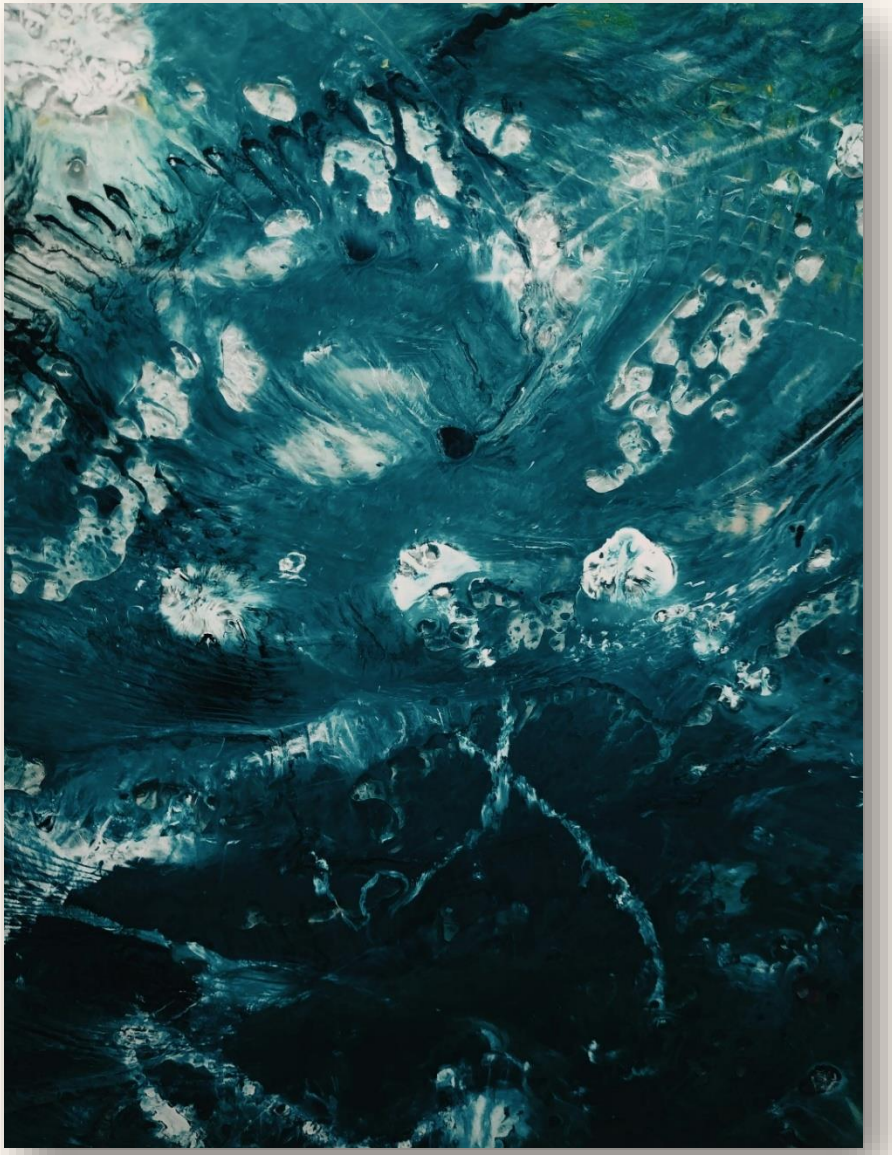
Tienen sed y tienen hambre
y no saben pedir perdón.
No saben pedir ayuda
cuando sienten miedo
no saben pedir miedo
cuando los domina la furia.

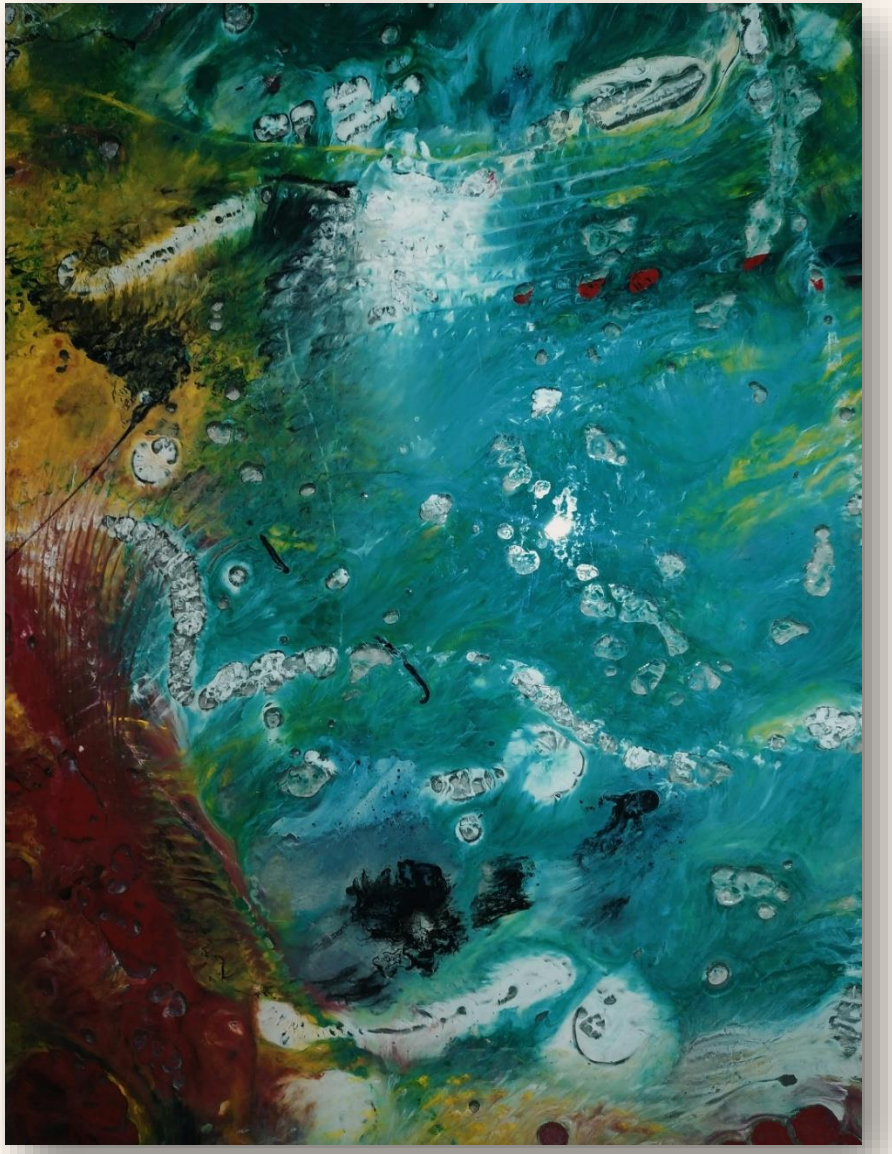
Setenta veces siete talladas
con sus pasos de arena
y fuego
las líneas de mis manos.

Adriana "Dirbi" Maggio: Poeta, narradora, ensayista y docente argentina nacida en Ciudad de Buenos aires, donde reside. Publicó ocho poemarios individuales y un libro de narrativa breve en conjunto con la Prof. Magda Pascual. Participó en más de cincuenta antologías nacionales e internacionales. Recibió premios y distinciones en el país y el extranjero. Coordina talleres gratuitos de escritura y creatividad, en bares de la ciudad (con la Prof. Pascual) y en el Hospital Militar Central (individual), en el marco de Cuidados Paliativos.



Orfeas Green





[Sílabas
del boscaje]

Rubén González Lefno

LA VENDEDORA DE NARANJAS

El barrio donde yo nací estaba conformado por ranchas, muchas de ellas con piso de tierra, ventanas tapadas con plástico y las calles… en realidad eran unos callejoncitos estrechos donde el barro abundaba en invierno tanto como el tierral en verano. Y nuestros juguetes eran un pedazo de tabla, algún tarro y cualquier cosa que aparecía tirada sobre el suelo. Claro que para nosotros cada cosa nos parecía un juguete de verdad.

En una ocasión, cuando ya era adulta y todavía soltera, conversando con unas amigas surgió la inquietud de identificar el recuerdo más importante que cada una guardaba de su infancia. En mi caso recordaba diversas situaciones, algunas divertidas y también otras serias, experimentadas en el campamento, pero sin ninguna duda mi recuerdo más importante estaba relacionado con algo ocurrido en otro lugar, parece extraño pero es así.
Era pequeña, pero dicho recuerdo es el que siempre he conservado y del que nunca he querido hablar con nadie.

Cada mañana salía según lo demandaba el hábito heredado de la familia. Lo suyo era coger el canasto y mirar fuera de la modesta mediagua del campamento. De las condiciones climáticas dependía que saliera únicamente con chaleco o llevar la parka, ya gastada de tanto trajín.

A sus diez años había aprendido el arte del comercio ambulante acompañando a su madre, también el conocimiento de calles y avenidas para evitar confusiones y un probable extravío, del que la madre no aceptaba explicaciones.

-Si te pierdes y te atrasas verás lo que te va a pasar- era la sentencia, asimilada y sobre todo temida desde que tuvo uso de razón.

Hacía semanas que había llegado el periodo de vacaciones, llenando de alegría a los niños del campamento. Ella también lo celebraba, pues podría jugar con sus amigas y amigos, dormir hasta más tarde y vivir cada día sin aquellos deberes que la obligaban por largo rato ante un cuaderno.

Su chaleco esta vez bastaría para transitar a la intemperie. Calzó sus zapatillas, cuya suela se desgastaba más pronto de lo que hubiera querido y, canastillo en

en mano, salió a la calle.

Comenzó el recorrido por el sector de aquellas viviendas en las que habitualmente alguien le compraba alguna de sus naranjas. Luego avanzó más allá de la pequeña plaza, donde se detenía al regreso para descansar los pies, sin descuidar el canastillo dentro del cual solían quedar unas tres o cuatro de la docena de naranjas que tenía como misión vender. Claro, cuando lograba que le fueran compradas más de la mitad del total se sentía feliz, sabiendo que su madre estaría conforme con el resultado. En un par de oportunidades había regresado con el canastillo vacío y muchas monedas en el bolsillo de su chaleco. Eran las ocasiones en que todo parecía hermoso.

Los innumerables periplos por diversos sectores de la ciudad la habían dotado de suficiente destreza en reconocer los lugares de mejores expectativas, como el terminal de los minibuses, donde había varios señores que siempre esperaban sus naranjas, también aquel recinto donde se construía un gran edificio, en el que igualmente le compraban tres o cuatro unidades de su mercadería, mientras se extasiaba observando aquella enorme estructura de metal que parecía oscilar cerca del cielo trasladando cargas que desconocía.. Pero también debía caminar largas cuadras en que todo resultaba estéril. Y observaba dentro del canastillo, contaba las naranjas, revisaba sus monedas y suspiraba bajo el sol agotador del verano.

Así, durante uno de sus recorridos, con la carga todavía completa, decidió virar hacia una calle por la cual transitaban muy pocas personas. Observaba las viviendas de colores hermosos, los jardines con sus flores llamativas, así como las veredas y los árboles imponentes, mientras avanzaba cambiando de mano el canastillo, haciendo un breve alto para recuperar energías y retomar el paso.

Fue en una de esas andaduras que en un ventanal, diferente a todos los otros de la cuadra, algo le llamó la atención. Un niño sobre una silla observaba la escasa dinámica de la calle. Lo miró con curiosidad reparando que él la observaba con una sonrisa. En ese momento otro niño –varios años mayor y con lentes- salía de la vivienda.

-Cómprame una naranja.

Él sonrió. Luego de un momento sacó unas monedas del bolsillo y compró.

-¿Una sola?

-Una no más, es para mi hermanito.

Ella observó nuevamente la ventana. El niño le sonreía agitando una de sus manos.

Desde ese día, cada uno de sus recorridos incluyó desplazarse frente a la casa del ventanal y su antejardín de césped y flores.

En algunas ocasiones el hermano de lentes comparaba una o dos naranjas, mientras el niño sonreía desde su silla tras los vidrios. Así la relación

poco a poco pasó a convertirse en cotidiana y amistosa. Y fue un par de semanas después de su primera incursión que, de pronto, al llegar frente a la casa encontró el ventanal vacío. Extrañada y sombría mantuvo la mirada sin explicarse qué había ocurrido, hasta que de pronto vio al niño de lentes aparecer por la puerta cargando al pequeño en los brazos. En silencio vio que lo acomodaba sobre el césped e ingresaba a la vivienda para regresar con una pequeña silla y una bolsa con juguetes. Al reconocerla el pequeño sonrió y ella se acercó tímidamente. Luego, sentada sobre el prado, miraba los juguetes junto a él: un caballito que parecía galopar sobre su base de metal, la figura de una locomotora que poco después quedaba en el suelo, así como un par de palitroques que agitaba en sus manos antes de pasárselos a ella.

De pronto reparó en el canastillo y extendió su mano diciendo naranja, naranja. Ella miró al hermano mayor que limpiaba sus lentes y entregó una fruta al niño. Calculaba que tendría unos cinco años, como su primito que de vez en cuando llegaba junto a la tía a visitarlos al campamento.

Jugaron por cerca de una hora hasta que ella recordó que debía continuar con la venta cotidiana y se despidió. El niño dejó de sonreír con la naranja entre sus manos.

-Mañana, mañana.

-Sí, mañana vendré- respondió ella alejándose.

Aquella noche durmió a sobresaltos. La figura del pequeño con la naranja en las manos se le aparecía una y otra vez.

Al día siguiente salió con el canastillo más temprano que lo habitual. Y sin cumplir con el recorrido acostumbrado se apresuró hasta la casa del ventanal, el niño y el pasto verde. Apenas llegó reconoció la ancha sonrisa tras los vidrios y en pocos segundos el hermano lo trajo para posarlo sobre suelo con sus juguetes. Ambos compartieron alegría y gritos. De pronto al niño se le resbaló la naranja que tenía en una de sus manos, la que rodó sobre el césped hasta detenerse junto a un arbusto. Ella corrió a traerla y, luego de un momento, el canastillo estaba vacío mientras las naranjas rodaban después de haber sido lanzadas por ambos. Las risas se convirtieron en carcajadas cuando ella –presurosa por traerlas de vuelta- resbaló cayendo de bruces sobre el pasto. El juego se repitió una y otra vez durante horas.

Nuevamente debió despedirse para salir presurosa con el canastillo, después de haber llamado al hermano.

-Tengo que ir a vender las naranjas- afirmó girando la cabeza para ver al pequeño que ahora la miraba triste.

No había entendido mucho lo explicado por el hermano días antes. Pero tuvo claro que había nacido

con algunas dificultades y que su condición era frágil, lo que explicaba el impedimento para ponerse de pie y dar algún paso. También escuchó que diariamente debían darle unos medicamentos para evitar dolencias de las cuales no entendió nada, excepto que su cuerpo era muy débil y enfermaba con facilidad.

Desde entonces cada día era dejar atrás las calles polvorientas del campamento, continuar por la avenida cercana hasta virar en la calle de la vivienda, reunirse en el prado, hacer rodar las naranjas, alinear los juguetes y disputar batallas interminables que los hacían retorcerse de risa hasta quedar tendidos, mientras ella lanzaba cada una de las frutas hasta sus pies. Así, el patio se convirtió en el escenario donde ambos convertían en realidad cuanto imaginaban.

En una oportunidad trasladó a duras penas al niño hasta donde la superficie del césped declinaba, dejándolo apoyado cuidadosamente para, desde unos metros más arriba, enviar rodando cada una de las naranjas hasta los pies de su amiguito. En esa ocasión se convencían que era un incontrolable movimiento sísmico el que provocaba un desastre. Así, el patio un día fue también el océano sobre el que se desplazaba el canastillo cual embarcación gigante luchando sobre el oleaje, desafiando un ventarrón apabullante que en un momento volcaba la nave, desparramando sobre el oleaje verde juguetes y frutas. Fue la primera vez en que un osito de género apareció en los juegos y desde entonces para ella resultó irresistible abrazarlo y entregarselo simulando un recién nacido.

-Más, más- decía él. Y ella volvía a cargar la nave reiniciando la travesía hasta repetir el volcamiento y las risotadas interminables.

Luego de un par de horas –preocupada- corría por las calles tratando de vender la fruta, ahora machucada. Algunas veces conseguía lo justo para evitar la reprimenda de la madre y, durante el resto del día, rogaba que las horas transcurrieran prontas para dormir, levantarse y repetir la carrera rumbo al jardín de la felicidad.

-Naranja- dijo apenas la vio llegar. Y ella desgajó una de las frutas compartiendo su cariño en cuclillas.

Después de un rato se encontraban en medio de un acantilado que los obligaba a aferrase mutuamente para avanzar hasta la cima de una montaña gigantesca, debiendo regresar lentamente hasta el valle, los juguetes y el canastillo. Y en cuanto conseguían llegar comenzaban una nueva aventura, previo a la cual le entregaba el osito que ella acunaba balanceándolo entre los brazos.

Días después los palitroques luchaban en una cruenta batalla contra enemigos invisibles, atacándolos hasta sitiarlos después de lanzarles aquellos proyectiles redondos. Y se anotaban una victoria heroica dirigidos por el niño, mientras ella hacía avanzar la locomotora tripulada por palitroques, emitiendo su

rugido y provocando pavor en el enemigo.

El patio también fue salón de fiesta, como en aquella ocasión en que el osito de género bailaba celebrando jubiloso.

-Naranja, naranja- dijo él. Entonces extrajo varias desde el canastillo para incorporarlas al baile, provocando en el pequeño una alegría inigualable.

Y fue en una de tales situaciones que –para trasladarlo un poco más cerca de la casa- lo cogió con ambos brazos, alzándolo y poniéndolo de pie. Por alguna razón supo que lo siguiente quedaría grabado para siempre en la memoria de sus afectos. De pie y afirmado fuertemente de ella, el rostro del pequeño se convirtió en expresión inenarrable de felicidad mientras lo hacía dar uno, otro y otro pasito sobre el prado.

En otra jornada de aventuras levantó el canastillo asegurando que llegaba un avión cruzando la ciudad y que sobrevolaba el patio, aumentando el ruido mientras se acercaba a tierra. El niño levantaba la mirada mientras la nave aérea se suspendía cerca del suelo y –en cuanto quiso elevarse- desde su interior cayeron los bultos redondos de color inconfundible, uno de los cuales llegó a las manos de pequeño que lo atrapó en medio de carcajadas.

-Naranja, naranja- decía, mientras el avión reanudaba su vuelo hasta que, luego de dar un lento rodeo, bajaba para aterrizar a sus pies, cerca de la tapia de ligustrinas.

Un mediodía ella puso una de sus piernas dentro del canastillo, acercó a su amiguito hasta que igualmente pudo acomodarlo con uno de sus pies dentro de lo que ahora se convertía en barco para cruzar nuevamente el océano plácido, que los llevaba mientras se abrazaban imaginando una embarcación que se perdía en lontananza luciendo sus velas blancas. Avanzaban afirmados de la nave y no había ola alguna que amenazara volcarlos. Momentos después una agradable calma los bendecía sobre una playa de pétalos y, poniendo distancia de la orilla, descansaron de la travesía deteniéndose en medio de una alfombra de geranios.

En otra ocasión –después de esforzarse durante un largo rato-logró instalarlo dentro del canastillo con ambas manitos en el asa de mimbre. Fue entonces el piloto de un enorme camión que se desplazaba llevando una carga que lo obligaba a maniobrar, acelerando y frenando ayudado por ella que imitaba el ruido del vehículo, mientras ambos reían porque la abrupta detención provocaba el desparramo de la carga sobre el prado y el volcamiento que los unía riéndose abrazados al osito.

La visita al paraíso de los juegos se había convertido en su mayor alegría. Por ello cada día se apresuraba a llegar hasta allí para recrear l as aventuras de él, de ella, de los juguetes, las naranjas y el osito.

Una mañana, poco antes de mediodía, llegó una vez más hasta la vivienda. Extrañamente, el ventanal se encontraba vacío. Se acercó y esperó. Después de un rato se atrevió a tocar la puerta. No hubo respuesta. Insistió, pero el silencio se mantuvo.

Cabizbaja y sin ser capaz de aventurar alguna explicación regresó al campamento. Al día siguiente concurrió de nuevo a la casa del jardín ahora vacío y nuevamente encontró el ventanal abandonado. Esta vez fue presa de una tristeza enorme y regresó sollozando.

Al tercer día encontró al hermano de lentes que salía de la casa.

-Está hospitalizado- explicó –ha estado en otras ocasiones y después de algunos días lo dan de alta.

Cada uno de los días siguientes insistió y cada vez debió regresar después de golpear infructuosamente la puerta y mirar largo rato hacia los vidrios de la ausencia.

Había transcurrido más de una semana cuando despertó presa de tercianas. La mamá se preocupó al verla empapada en transpiración. Debió permanecer en cama durante varios días, hasta que superada la fiebre pudo levantarse.

Con el primer impulso corrió hasta la casa de su amiguito. Apenas llegó, ansiosa y expectante, se encontró con el ventanal cubierto de cortinas. Esta vez no intentó golpear la puerta y permaneció inmóvil unos minutos. Se aprestaba a emprender el regreso cuando de pronto salió de la casa el hermano mayor que –con expresión sombría- traía algo en una de sus manos.

Entonces ella se negó a aceptar que fuera verdad la explicación de frases entrecortadas que escuchaba como algo irreal.

Antes de marcharse me mostró el osito y reiteró que te sea entregado.

-Repetía naranja, naranja- explicó con los lentes empañados- y ahora es tuyo.

Durante largos años nos hemos divisado esporádicamente con el hermano, pero nunca volvimos a conversar, así como jamás regresé al jardín de los juegos de aquel verano.

En algunas oportunidades mis hijos me han preguntado por qué les niego el antiguo canastillo y el juguete, los que por tanto tiempo me han acompañado en el local.

Zindy Rodríguez Tamayo

¿Cuál es tu lectura del estado de las cosas?

La guerra está acendrada en mi corazón
desde el inicio de los tiempos
Es una constelación oscura donde
cabalgan demonios en forma de jinetes
p. ej. hay momentos en que quisiera ase
si nar a mi hermano
La metáfora sirve
tanto como Sun Tzú
para añorar la tierna crianza
la zona liminal
de los niños buenos
bien peinados,
cuchillo o tenedor en la mano correcta
niños mustios que escuchan las noticias
de los bombardeos
como goles en la portería del equipo contrario
Toda guerra ocupa todo el tiempo
Toda guerra es total
Pero hay cosas que no son una guerra
Los dados no deciden
me dijo Mallarmé
Toda guerra es un robo

Queda el azar de los desprotegidos
(No el de los señores de la guerra)
Queda el azar para quien sobrevive
Su propia escalada
Su propio deseo de desangrarse
por aborrecer a su depredador
Y ver la levedad de la paz
como una flor descendente
cristalina
utópica delicada
inconmensurable.

Ce

Ay, Tlaloc alborota las canas al viento florido
Cihuacoatl de las cuchillas de escarcha
Hay demasiada sangre qué lavar
Por eso no para de llover
Para acallar el inefable fuego
en las llagas del quemado
la maldición en las pupilas
Inundadas
tu sala, las patas de la cama,
un zapato flota
re sig na do
Supura la marca de Caín
Agua por doquier

"¿Qué has hecho?
Desde la tierra,
la voz de la sangre de tu hermano
me pide que haga justicia".
El juicio de dios, vagar eternamente
malparido no podrás nombrar lo hermoso
Negado aunque dentro seas
un Jinete de palomas
Un caballo que trota
Trota trota trota
No intentes candorosos
Rezos no salen no brotan
legañas de perro
para entender la muerte
soneto sin domesticar
bastardismo de letras mal
hechas excretadas porque sí
Te lo tragas
Con agua, como el agua va.
.....Mientras sigue tronando la tierra
Como si fuera el cielo.

Quiero mar, quiero caballos

Si sal de día bronce
tañido de contratiempos
Una Z
En la deshidratada retícula
de la hoja uva de mar
Letanía de los frutos
garambullo
acitrón
nance
jobito
acachul
huaya
níspero
capulín
Trota el aguardiente
en mis quinientos hemisferios
Un caballo cizalla
Borde áspero
la llovizna de navajas
O plumas de metal
El jarro en la boca tarde
Caballo de barro
Caballo brida de alfarero
Cerrado arde en puño
desnudo el canto
de peces vela

Canto caballo
mar de Sisal
Donde te llevo noche
luna ojo menguante
Lengua vulva verbo cerrado
de caricia al niño eterno
la punta líquida
potro entre mis manos
anegadas de río
Llegará brazo hasta el mar
Y será mezcla
Sin brida amarga y dulce
Caballo sello de sueño
Goteo de sol y sal
derramados mis senos
de extraviada sirena
Porque enmudecida espero
sea el anticanto hueco
otra forma de decirte
que te quiero ensalmo
para que me broten piernas
los pies de filo caracol
Y por fin te cabalgue
vencida campeadora
muerta, incluso
llena de sol y sal.

Therian mistheian histherian

Asumo mi therianismo
y mi infancia con TDAH
flotando en burbujas proxémicas
plenas de osos de peluche
para las noches de insomnio
en que me atormentaba
la extinción de las ballenas
mame o moda
en mexicano es normal
Tierra de nahuales y alebrijes
encuentro del mito original
y el amargo llanto
después de estar en el zoológico
He mordido a un par de perros
(Y a más de diez humanos)
Ellos me han mordido a mi.
Entiendo el graznido de los cuervos
hablo el lenguaje de las tortugas
devoré el corazón de un gato
y no de forma accidental
supe que las cucarachas
saben a melaza
Le di un tabicazo a un pollo
y en compensación, cuidé
a un guajolotito
que de todos modos murió

Sí, he querido ser un animal
lobazul, nariz de pantera
piel de cerdo
porque la simulación
es juego
Y la traición, accidente
lo demás es hormonal
casi como en los humanos
pero sin zapatos
sin joyas
sin maquillaje o tattoo
Está bien buscar nuevas manadas
o zoofilia simulada
en tiempo real
Pero antes de que apagues la cámara
y me ignores, como ignoran los conejos
Déjame filosofar
quizá como las jirafas o
las serpientes o las arañas:
Seamos therians peripatéticos
--Sí, animales políticos
Un ejército de therians
luchando por los derechos
de todos los animales
Ni un solo cachorro abandonado
Asalto al rastro
solo huevos de gallina libre
no más pruebas cosméticas

ningún mono drogado
hacia el espacio
ninguna cuerda de violín
Vigilancia en los santuarios
Detener la explotación en las granjas
(SERÁ La granja de O R W E L L)
Nuestra naturaleza
se impondrá
Brotará el depredador
el pez grande devorará al chico
el escorpión y la rana
Apagarás la cámara
Sin manada en qué confíar
Volverás al fondo de los océanos
radiactivos
medusa anguila abisal
y como cangrejo ermitaño
comerás hasta morir
hasta morir
sin un caracol hermoso
dónde poderte mudar.

Marta Emmanuelli

El llanto

Cada vez que se miraba al espejo se complacía y se sorprendía al contemplar su belleza. A su edad, era todavía hermosa. A su edad, todavía tenía buen cuerpo. A su edad, tenía todavía buenos senos. A su edad, todavía tenía glúteos firmes. A su edad, todavía llamaba la atención de los hombres, sus contemporáneos y algunos de un poco menos de su edad. (Y por favor, nótese el énfasis en "todavía" y "a su edad").

Siempre al ritmo de la tecnología, tenía e-mail, Facebook, X, TikTok, Instagram, Snapchat, Whatsapp... Y claro, otras herramientas. Sabía usar muy bien el programa de Photoshop, la aplicación de Snapseed y gracias a esa destreza aún recibía fotos de penes de 30 y 35, e invitaciones a cenar y a otras cosas más. Pero… los "novios" no le duraban. Una cita y luego un "te llamo". Esto la confundía, porque, según ella, "estaba igualita".

Un día mientras caminaba por el centro comercial, vio que tenían una larga mesa con un mantel rojo y varias empleadas colocaban panfletos, papeles y unas bolsas de regalo sobre ella. En el mantel, había un logo comercial que no pudo reconocer por la distancia, ya que no tenía los espejuelos y los lentes de contacto se le habían perdido. Curiosa para todo, decidió ver de qué se trataba. Tal vez promocionaban un nuevo producto de belleza. Cuando se acercó a la mesa, una de las vendedoras la saludó muy amablemente y buscó, como buena tintorera empresarial, engatusarla para alcanzar una buena comisión.

—Bienvenida, dama. Tome asiento por aquí. Aquí le tenemos esta bolsa de regalo ya que ha tenido usted el privilegio de ser nuestra primera clienta en la mañana de hoy. Somos YYY Conflagration Health y Mucho Más, un nuevo proveedor de planes médicos advantage para la tercera edad. ¿Tiene plan médico actualmente?…

Al escuchar estas palabras, de la boca de nuestra artista del Photoshop comenzó a brotar un gemido agudo. El gemido se transformó en llanto y el llanto en chillidos ensordecedores. Las vendedoras no sabían qué hacer. Corrían como locas y trataban de hablarle, pero ella no las escuchaba. Llamaron a emergencias al 9-1-1 porque la mujer no paraba de

llorar y sollozar. Suspiraba en llanto ahogado con una calma momentánea que luego estallaba en más llanto y más sollozos. Y es que no había consuelo para un dolor así.

Y fue que… la noción real de sus años se le vino encima sin avisar. El tiempo, el implacable.

Vanidad de vanidades…

Melocotones

La plataforma metálica en forma de herradura con edificios grises y luces pálidas, parecía una quijada con dientes burlones. La nave en que lo transportaban, (un enorme rectángulo blanco) se iba acercando silenciosamente, en cambio, él iba en una escandalosa vorágine de pensamientos. Quería más que nada en la vida, liberarse del monstruo que llevaba por dentro. Ahora iba a estar con sus iguales, gente que tal vez lo comprendería… pero hubiera preferido una ejecución a la antigua, una inyección letal o una descarga eléctrica fulminante. Es más, coqueteaba con la idea de retorcerse al extremo de un lazo suspendido en el aire, contorsionando sus extremidades como un maldito… pero en sus tiempos, ya nada de eso era posible.

En cuanto desembarcaron de la nave, lo condujeron directamente hasta un gran *rascacielos*, el único edificio alto en el sector. En el vestíbulo lo recibió un oficial de barba negra y poblada y vestido de blanco impecable, que lo miró de arriba a abajo con un gesto de desdén educado. El supervisor general, sin ni siquiera mirarlo, lo recibió rutinariamente. Prosiguió a ofrecerle la información de entrada requerida por la ley en una recitación monótona.

–Soy 1-X, encargado de los nuevos ingresos –le dijo. Es mi deber recordarle que no es posible abandonar este complejo si no es en un vehículo aéreo y el acceso a los mismos solo es posible si su huella de ADN es reconocida por el sistema, de lo contrario recibirá una descarga que lo dejará inmóvil por 24 horas. La penalidad por el intento de escape será dictaminada mediante un nuevo juicio y su sentencia anterior podría ser revocada y sustituida por una pena de cárcel en aislamiento. Por favor, pase a la habitación de la derecha dónde uno de nuestros asociados le asistirá con los formularios de ingreso y contestará cualquier pregunta que tenga usted –concluyó, sin mirarlo y haciendo un gesto con la mano hacia la derecha.

Él no pronunció palabra alguna mientras se dirigía hacia donde le indicaron. Tampoco hizo ningún gesto. Después del avanzado y sofisticado pero odioso proceso de llenar formularios electrónicos, lo acomodaron en un programa de terapias, le asignaron tareas diarias y un supervisor inmediato o hermano-

tutor. Luego lo ubicaron en un apartamento de restricción. Y para su ansiada tranquilidad, finalmente lo dejaron solo.

Ya en su habitación, trató de dormir. No quiso conocer nada del lugar ni de sus nuevos "vecinos". Ni siquiera a su hermano-tutor. Cerró puertas y ventanas. Dejó las luces apagadas. Era mejor la oscuridad. Todo dentro de esas viviendas era higiénico, antiséptico, blanco… para él, al extremo de la náusea.

Al cabo de unas pocas horas, despertó sudoroso. Las sábanas estaban desordenadas. Se tocó el ano. Siempre que tenía aquella pesadilla se tocaba el ano y en la nariz se le quedaba un olor a papeles viejos y un sabor a melocotón en la boca. Vomitó. Se quedó mirándolo y sintió como si se mirara al espejo.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue renunciar a su derecho a tener un hermano-tutor. No quería a nadie cerca de él. En la tarde, tuvo su primera terapia. Las terapias para personas cómo él no son otra cosa que un intento de mantener sus tendencias, deseos e impulsos acotados, disminuidos y bajo control. La condición médica que sufren no se puede tratar mediante la administración de medicamentos, el uso de psicoterapia, la cirugía para la remoción de los testículos o cualquier combinación de estos métodos. Hablando desde una base científica, algunos investigadores aseguran que ya han identificado los genes que codifican para que los individuos padezcan de esta condición, pero todavía les quedan muchas variables que controlar para poder detectar estos genes en el feto y poder anular su codificación. Esto quiere decir que esta condición es de nacimiento, no es adquirida, aprendida, ni inculcada por nada ni por nadie, aunque la sicología ha llegado a la conclusión de que algunos acontecimientos en la vida del paciente podrían servir de detonante.

La herramienta desarrollada en esta época y usada en combinación con la terapia, es la segregación, lejos de víctimas potenciales, pero manteniéndolos productivos para la sociedad, y aliviados de que no causarán daño a persona alguna. Los encierran dentro de ciudades especializadas de donde no hay escapatoria posible; forman parte de un sistema que se asemeja a una pseudoesclavitud de lujo.

–Buenos días, mi nombre es 23-F. Seré su terapista. Por favor déjeme escanear su pupila para verificar su identidad y entonces entregarle nuestro catálogo y dispositivos de selección. Hay cámaras grabando, así que no es necesario que me dé su firma para corroborar la entrega. Debe haber leído el manual que se le entregó a su llegada, pero es mi obligación recordarle algunos detalles generales: deberá escoger un candidato o candidata colocando su huella bajo la foto correspondiente. No tiene que ser el mismo

candidato cada día que reciba terapia. Luego me entrega el catálogo y yo lo llevaré a la habitación de terapia privada donde le colocaré los dispositivos terapéuticos correspondientes –le explicó el terapista en un tono relajado, propio del que ya está acostumbrado a realizar una labor repetitiva.

El hombre tomó la tableta y comenzó a hojear el catálogo. Eran fotos de niñas y niños, clasificados en secciones: Sección I (niñas de tres a siete años), Sección II (niñas de ocho a doce años), Sección III (niños de tres a cinco años), Sección IV (niños de seis a doce años) y Sección V (niños de 13 a 17 años). Con el dispositivo que le entregó el terapista (una especie de aguja que se colocaba en el lóbulo de la oreja) podía escuchar sus voces y sentir el olor de su cabello y de sus partes íntimas. Sintió cómo aumentaba el volumen de su pene con un niño de ocho años y una niña de nueve. (Le fascinaba el pelo rizado que lucían). Entregó el catálogo con su selección al terapista y pasó al cuarto privado.

La terapia de satisfacción virtual no le pareció nada mal, aunque nunca la equipararía a la experiencia real. Se sentía calmado y al mismo tiempo, invadido por una leve sensación de vacío. Encima de eso, no podía desprenderse del desprecio que se tenía a sí mismo ni de la imagen recurrente de verse retorciéndose como un maldito que llega a su fin.

De ahí, se fue al trabajo que le asignaron como parte de la comunidad. Su labor consistía en un turno de seis horas en la lavandería. Es que tuvo que desempeñar un oficio manual en la ciudad porque, a pesar de su inteligencia y de ser un lector voraz, nunca logró estudiar una carrera ya que pasó su niñez y adolescencia de familia sustituta en familia sustituta. Cumplió con su trabajo, que prácticamente consistía de apretar los botones del sistema automatizado y cotejar las entregas. No habló con nadie. No visitó ninguna otra dependencia de la ciudad al terminar su turno, simplemente se fue a su habitación y se refugió en la oscuridad.

Despertó en medio de la madrugada con un dolor insoportable en el ano. Había dejado todo encendido. La voz de Rod Stewart del programa de Antique Music Show le sonaba estridente y la iluminación lo cegaba. Vomitó. Todo. No le quedó nada en el estómago. Aún mareado, temblando, sacó la lengua e inclinó la cabeza hasta el piso y se comió un poco, así pudo volver a vomitar.

«Tender al cero, vivir en la lemniscata de vomitarme a mí mismo, disminuir, desaparecer, es lo que quiero», pensó, antes de perder el conocimiento.

Se desmayó.

Un día en la lavandería, notó algo extraño cuando se le cayó la tarjeta de acceso. Esta dio un salto al caer al suelo y fue a parar debajo de un mueble. Se arrodilló y comenzó a tantear con lo poco de los dedos

que le cabían por debajo. Sintió algo muy extraño. El piso bajo el mueble era blando, con una textura intermedia entre alfombra y arena.

«Maldita sea. ¿Qué habrá ahí debajo? Voy a tener que mover esto aunque sea pesado, y lo peor es que ya todos se fueron», pensó, contrariado, mientras comenzaba a rodar el armario.

El espacio debajo estaba completamente limpio. Inmaculado. No había nada. La tarjeta no estaba, ni siquiera la esperada basurilla u otros pequeños objetos perdidos y olvidados. Con un pie tanteó el piso. Era blando. Luego se arrodilló y lo tocó. Nuevamente, textura de alfombra y arena, pero dejó de ver sus dedos. Se levantó y volvió a tocar la superficie con la punta del pie, pero con fuerza. Por poco se cae; dejó de ver su pie. Se cayó hacia atrás, sobresaltado. Se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza y dio una vuelta en el mismo lugar. No lo podía creer. Decidió hacer una prueba. Recordó que tenía dos melocotones en el bolsillo que le habían sobrado del almuerzo (los aborrecía, pero los guardaba para usarlos de vomitivo). Sacó uno y lo lanzó. Atravesó el piso sin hacer el menor ruido.

«Una puerta interdimensional. ¡Existen! Tanto que lo negaron. ¡Yo me voy de aquí!».

De inmediato aterrizó con un pequeño tropezón en un lugar abierto. Observó bien todo a su alrededor. Se encontraba en una especie de parque pasivo, o tal vez un zoológico. Sí. Escuchó el rugido de un león, claro que, holográfico e interactivo. Los pocos animales que no se habían extinguido vivían libres en su hábitat natural. No había animales vivos en los zoológicos desde hace más de un siglo.

El holograma le provocó un chispazo de memoria. Pensó en David, un catedrático de Ingeniería Virtual con el que vivía. Iban a casarse. No amaba realmente a David, pero la relación consolidada le brindaría una cortina perfecta para su doble vida. Nadie sospecharía del esposo del presidente de la Fundación Antorchas, un líder muy respetado y reconocido en la ciudad por su trabajo voluntario en favor de la educación para todos los niños, sin importar su origen o condición. ¡Qué lástima que no pudo ser! Después de todo, la muerte de David le había dolido, poco, pero sí, definitivamente le había dolido.

Pensaba en David todavía cuando vio algo moverse entre unos arbustos, cerca de un quiosco de comida y souvenirs. Aunque ya casi anochecía, pudo distinguir una figura con tez clara y el cabello ondulado color miel. Se estremeció. No pudo resistirse. Nunca podía.

–No te asustes –le dijo–, no voy a hacerte daño.

El niño no se movió, congelado de miedo y debilidad.

–Ven –le dijo con su mejor voz paternal–, solo quiero hablar contigo. Podemos sentarnos en ese banco, si quieres.

El niño lo observó largo rato. Decidió acercarse; algo en ese hombre le parecía familiar. Luego se sentó en el banco, guardando cierta distancia, pero no dijo nada. El hombre recordó que llevaba un melocotón en el bolsillo y lo sacó. Se lo mostro al niño y se lo ofreció. El niño estaba hambriento y lo agarró como un animalito y comenzó a devorarlo. El acto hizo que el hombre sintiera la presión de su pene contra el pantalón. Sentía que se le iba a reventar a medida que miraba al niño devorando el melocotón.

–¿Ya terminaste? Ahora estás mejor, ¿verdad?– El niño lo miraba, y él, ya estaba envuelto en su vorágine.

–Ahora necesito que tú me ayudes. No me siento muy bien, ¿sabes? ¿Crees que puedas ayudarme? Me duele aquí –dijo señalándose el abdomen y mirando el hueso de melocotón en el piso como para hacerle patente al niño el favor que le había hecho.

El niño hizo un suave gesto de duda, pero positivo con la cabeza. Fue más que suficiente. El hombre le tomó suavemente la mano al niño y se lo llevó hasta detrás de un quiosco. Allí habían dejado unas cajas de cartón.

–Para que me ayudes, necesito que te quites el pantalón. Será rápido. Luego comemos una rica cena juntos. Todavía tienes hambre, ¿verdad?

El hombre sintió un latido. El niño se bajó los pantalones sin entender nada. Dejó sus terniras expuestas pensando en que tenía hambre, que ya no estaba solo y que ese hombre se le parecía demasiado a alguien que conocía. El hombre también se bajó los pantalones. El niño se quedó mirando entre las piernas del hombre, donde éste se untaba de su propia saliva. La curiosidad se apoderó de él. Abrió la boca para preguntar algo cuando sintió que lo agarraron y le dieron la vuelta

El movimiento de girar al niño, taparle la boca, inclinarlo sobre las cajas y penetrarlo fue un solo movimiento sincronizado. El niño gritaba de dolor y miedo, pero los sonidos no traspasaban la barrera de la mano de aquel hombre que gruñía descontroladamente. El niño intentaba morderle la mano para que le destapara la boca, pero no podía hacerlo con fuerza. Las lágrimas le bajaban por el rostro.

Cuando el hombre terminó, el niño se desmayó sobre las cajas de cartón y los papeles viejos. Ese olor revuelto en el aire –ese olor– hizo que el hombre sintiera un sabor a melocotones en la boca, náuseas, un vértigo que lo hizo vomitar y agitar las extremidades como un maldito mientras el corazón se le hacía pedazos en un infarto masivo.

Soraya Marcano

Despedida

No esperes me dice la entrelinea de su risa
No esperes que nunca ha de cruzarse mi mirada con tu cuerpo
Repite la comisura de sus labios

Respira en mi oído
Bocanada de aliento cálido que habrá de congelarme

Un beso en la mejilla
Otro beso en la mejilla
Un beso en la única frente

Pregunta azul: ¿quién eres?
Contestación sin color: nadie nadie nadie

Levantándose los lentes
me mira fijamente
Ojos marinos sería decir poesía
Ojos nube de lluvia seria antipoema

Irremediablemente me arropa su esencia
Inequívocadamente no puedo leer las letras

Qué dices qué dices qué dices
No comprendo no comprendo no comprendo
Es que no quieres no quieres no quieres
Contestó pasivamente

Homenaje a la línea

Líneas de un dibujo
Suaves algodones
Fibras delgadas y regadas
En la superficie plana
Líneas
Como multitudes bailando en callejuelas
Como nudos
Como enredos
Contornos voluptuosos
En movimiento
Líneas cabellos
Líneas bodegones
Transeúntes dando saltos
Caminantes dando vueltas
O simplemente formas
Estáticas y serenas

La Casa

La idea de la casa
Algo tan tangible y tan etéreo
La propiedad
Ese falso sentimiento de seguridad
Ese espacio
Ese lugar
Las casas existen en nuestra memoria
Todas las que hemos habitado
y que un día abandonamos
La casa es un concepto
una utopía
un sueño
un romance

***

Lo auténtico y lo vernáculo enterrado
En identidades turbias y dormidas
En el órgano más oscuro y más profundo
Entre lo poético y lo prosaico
Como el ladrido de un perro abandonado
En la picazón de la piel destrozada y arrugada
Y en la mirada
De alguien que salió de un barrio pobre en la mañana
Y no volvió
Y no olvidó

La casa era el espacio
La comida
Ella él y ella
Amontonados en la cocina
Sentados en la mesa
Desparramados en las habitaciones
Danzando
Hablando
Jugando

La casa era alcazaba

***

Nubladas las ventanas de luces apagadas
Los vecinos ¿a dónde han ido?

Al otro lado del cristal solo silencio
Desaparecidas las toses persistentes
A la nada han ido todas las voces
¡Niebla, ausencia, inexistencia!
Espacios oscurecidos quedan

Extinguido el respirar cansado
Miradas que no llegan a distinguir distancias
Y frío que se cuela entre rendijas de puertas blancas
Sol que no llega a calentar estancias

Cuando el presente sea memoria
Cuando el diario vivir no sea tan temeroso
Nos sentaremos a dibujar presentes
Y a planear futuros
Hablaremos de rutinas
Novedades
Y también de cultura

***

Lloro por los solitarios viandantes
Por los amantes agarrados de la mano
Lentos
Suaves
Arrugados

Julie Paola Lizcano

Eva Navarro

Cuando me encontré a Eva esta mañana en la estación del tren, me di cuenta que tenía un grito ahogado que se le pronunciaba justo en la mitad de su garganta. Sus ojos apagados y rojizos de tanto llorar, desnudaban el dolor de su interior, era como si llevara las noches de insomnio sobre su espalda.

Pero éramos adolescentes, creíamos que teníamos el mundo a nuestros pies y que seríamos siempre jóvenes, que debíamos retar a la vida, antes de que esta nos consumiera en su patológico aburrimiento que había hecho colgar del cuello a uno de nuestros amigos. Pensé: ¡Que Dios se apiade de sus almas cuando el regreso improvisto del infierno cubra la tierra con un manto de desasosiego!

Mientras tanto Eva leía acostada sobre el sofá de mi sala, y el sol que entraba por la ventana la hacía ver simplemente hermosa y me pregunto qué pensamientos se le estarán cruzando por su cabeza, los dos tenemos marcas por toda nuestra piel, veo sus piernas y sus brazos llenos de cicatrices, se las toco suavemente, quisiera sanar esas heridas, darle u n beso y decirle que la quiero, que entiendo su dolor porque el mío aún sigue vigente, que intentemos llegar a viejos, que intentemos bajo cualquier pronóstico seguir caminando erguidos para contemplar el cielo, que ahuyentemos los fantasmas que pueblan nuestros cuartos y nos miran desde el techo cada vez que nos acostamos a lado de nuestras camas, y decirle en el oído con vos suave, que ya la Luna presagia mejores tiempos.

Tal vez nos hemos herido sin querer, tal vez vos ya no me querés como antes, tal vez la eternidad acorto el tiempo, tal vez nuestras bocas se extraviaron en el camino y nuestros corazones se han perdido en el desierto, tal vez el invierno tronco nuestras ramas y el amor ha caído bajo un puente, tal vez el miedo ya reposa en el interior de nuestras almas o tal vez nuestro cariño se ha quedado en ese pasillo del sanatorio silencioso en que incurrimos cuando sin saber nos perdemos en el túnel de la muerte y el desasosiego. Tal vez el silencio ahorco nuestras palabras y ahora yo me encuentro aquí, buscándote a tientas mientras el frío ahoga la esperanza de encontrarte de nuevo.

Eva tiene una mirada fuerte. Pero la amo, la amo con toda mi alma y cuando me arrebata su mirada siento cómo mi alma se despedaza en mil pedazos. Y es que cuando me aparta con su mirada y al recorrer mis paisajes interiores advierto en ellos el dolor y el miedo.

Y es que no solo nos enamoramos para mirarnos el uno hacia el otro, pues ella venía dolida de otro cuerpo, de otra carne… Ella creía que él iba dar el primer paso para que así fuera más bonita la historia de amor que jamás jamás tuvo un lugar.

La vida se empeñaba a separarnos, pero yo no lo iba a permitir, Eva era todo lo que yo tenía y su sonrisa era la ventana que impedía derrotarme, porque la tristeza carcomía mi alma cada vez que ella no estaba conmigo. Pero Eva siempre llega justo a tiempo.

Recuerdo cuando conocí a Eva, los nervios, el saludo torpe, sonrisas entrecortadas, mis mañas que ella observaba con curiosidad, los incomodos silencios que algún mesero salvaba con agudeza, el físico de ella que no me permitían disimular mí mirada un poco intrusiva, la conversación rígida que se iba aflojando a medida que pasaba el tiempo, aquellos temas comunes que nos hacían sonrojar, su sonrisa calma, ella cada vez más fina, él cada vez más torpe, la noche que termina en madrugada, el vino fino que no ayuda, la madrugada cada vez más corta, el sexo con pasión, las preguntas sin respuestas, y las respuestas llenas de dudas.

Quería decirle que me moría por ella, que su olor a amapolas me recordaba mi infancia, que su boca me hacía latir el mío a diez por mil, que su pelo ondulado hacía curvar mi alma a aquella esquina del mundo donde a veces me hallaba solo; y que sus ojos me hacían ver la profundidad del mar…

Quería decirle tantas cosas, pero el sexo nos había dejado extasiados. Veía la curva de sus senos y como estos subían y bajaban tras cada respiración que daba. Su sudor que emanaba un perfume a rosas carmín me excitaba aún más, quería volver a penetrarla, quería narrarle un cuento…cantarle una canción y no dejarla nunca más, quería que ella se volviera a sentir segura, que se enamorara, que se diera una segunda, una tercera oportunidad, pero a mi lado. No soportaba la idea de verla con alguien más, con otro hombre que le sintiera rozar su piel, sus labios carnudos, simplemente de pensarlo se me hinchaba el corazón de la rabia.

Yo soy de esos hombres cuyo perfil encaja en las mujeres como Eva. Poetas, escritoras, amantes de la literatura y la filosofía; que viven enamoradas de hombres como Nietzsche, Ciorán. Yo intento entenderla, y me pregunto: ¿por qué ama a esos tipos tan mal vistos?; pero yo la amo así, no importa que algún día decida dejarme por alguno de ellos, yo igual la seguiré amando, porque entonces qué haré con mi vida ¿sacrificarme? ¿seguir adelante? Lo dudo. Yo no

puedo vivir sin Eva, desde que la conocí, me tiene con el alma llenita de intrigas, de canciones de amor de esas todas cursis, de poemas de Pablo Neruda, me tiene alcoholizado hasta el punto que me embriago de amor por ella.

Cuando ella no me contesta el celular, yo me vuelvo loquito, se me quiebran las uñas, empiezo a sudar frio, y temo a que ya no me ame, que me deje de querer así de repente, que simplemente sea un juego para ella. Pero, yo me armo de valentía y le vuelvo a marcar, y ahí es, ella contesta con esa voz de muñeca que solo las poetas tienen, y entonces siento como mi alma vuelve al cuerpo. Hola hermosa, ¿cómo estás?, llamaba porque me sentía desahuciado, como si me estuviese hundiendo en un abismo largo y profundo. Ella contesta con una risa tímida.

Hola bebé- dice. Estoy tendida en la cama. Sartre me tiene agotada.

¿Sartre? Ah si ese tipo francés que te tiene enloquecida hace más de un año. Ojalá fuese yo Sartre para desvelarte toda la noche.

Deja de decir bobadas Andrés, es para mi trabajo…tú lo sabes.

Si lo sé, pero quisiera que fuera diferente.

Diferente ¿cómo?

Que pensaras más en mí, que en él.

Yo pienso en ti y lo sabes. ¿A qué se debe tu llamada?

Quiero verte, necesito que hablemos.

OK. Te espero en la 63 con 7ma. A las 7. No tardes.

Eva es una mujer terca y lo que se le mete a la cabeza no hay poder humano quien se lo saque. Me conto que en la adolescencia sufría de alucinaciones. Yo no me imagino una vida así, porque ella vivió todo eso sola, y me da rabia pensarlo. ¿Dónde estaba yo? Pero no es momento de echarme la culpa, debo prepararme para el encuentro con Eva esta noche en Chapinero, me haré a la mejor pinta, le llevaré girasoles y un buen champán. Celebraremos que la vida, cuando sé que muchas veces deseaba morir.

Me encanta Eva, es de esas mujeres que dicen que quieren salvar el mundo, habla de libros, de filosofía, de las estrellas y las galaxias, de todo aquello que parece real y de lo que no es tan real, habla del amor, de la iluminación y de cómo se hizo verso entre poesías, habla de cómo la literatura puede cambiar el mundo e insiste que existen mujeres como ella que se enamoran de la esencia y no de las cosas materiales, me gusta Eva, está un poco rota…lastimada, de vez en cuando llora por cosas que solo ella entiende, llora por las injusticias humanas o simplemente porque el clima la puso un poco sensible, para mí Eva es una chica hermosa, pero ella sabe que la belleza es una fantasía, que ella es más real que eso y a su vez, muchos solo observan lo que hay por fuera y pocos se interesan por sus sentimientos, pero a mí sí me intere-

sa toda ella, por eso me quiero quedar a su lado. A Eva le duele el mundo con demasiada frecuencia, a veces la gente piensa que Eva está loca porque piensa en cosas demasiado profundas.

Eva es hermosa pero no lo sabe, se mira al espejo y le cuesta creerse. La belleza de Eva es como un gladiolo. A ella le gusta el rock y obviamente la poesía. A mí lo que me gusta de ella no es su cola, o la redondez de sus senos, lo que me mata de ella es la distancia entre cada hueso de su cadera. Pero ¿cómo le hago saber eso a ella? La composición química de la luna habita su corazón. Si formulo una ecuación física o matemática con los factores de la existencia el resultado tal vez le haría entender que prácticamente ella es un milagro. Si se lo hiciera saber con palabras sabría que ella es tanto ninfa como pincel. Pero para que vea eso Eva debe invertir su mirada hacia su corazón porque es allí donde se origina su luz.

Me pregunto, ¿qué se sentirá ser Eva y saber que me gusta tanto?... porque Eva sabe cómo convencer al desierto de que aparezca en la memoria de aquellos que se sienten fríos cuando la vida empieza a agotarse y las heridas no cierran. Todo esto es tan ambiguo, como de hojas amarillas y letras descuartizadas, de residuos donde el amor tiende a desaparecer por el alcantarillado.

La vida es muy corta. Por eso está noche cuando me vea con Eva le diré que la amo, que no puedo vivir sin ella, que mi mundo se derrumba cuando ella no está. Quisiera decirle: Que no deje en las manos del destino su propia felicidad, que no se reproche sus errores si ha aprendido una buena lección de ellos, que debe perdonar su pasado, y quiero que se comprometa a ser ella, a ser libre y a no quedarse donde no cabe. Que tengo muy claro que hay días en que la tristeza es tan profunda que todo le duele. Si ella tan solo supiera que yo a veces también me siento así. Pero hoy no tiene que ser así. Beberemos café, le narrare un poema y le leeré un libro pendiente que nos hará sacar un par de sonrisas. Ella es fuerte, es valiente y este no será el final, porque al final todo estará mejor que ahora.

Horas más tardes…escribí esto después de haberme visto con Eva: (1:05 am, 7 de agosto)

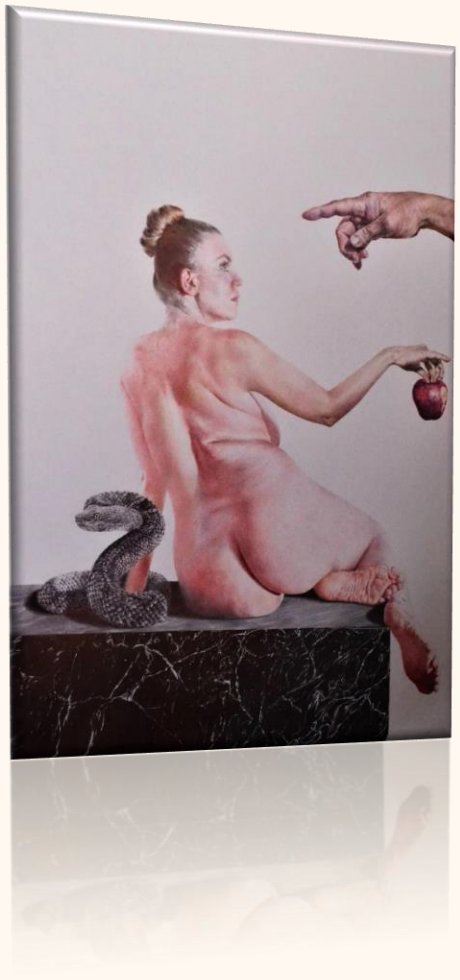
Llegué de noche mientras Eva
se vestía de rojo, allí estaba
su silueta reposando sobre cimientos
a imagen y semejanza de las flores
que se posaban justo detrás
de su jardín. Sus labios, cubiertos de
labial rojo, producían un olor a frutas,
y me dieron ganas de besarle hasta la respiración.
Pero ella era Eva, una chica hermosa,
elegante, que no se iba a fijar en un tipo
como yo, que lo único que sabe hacer
es abrirle y cerrarle las puertas de su

coche cada vez que desea salir a dar
una vuelta, para luego terminar entre-
piernada con hombres que solo desean
"esa" parte de ella, y que todos sabemos
con exactitud qué es. Y por eso al final
de la noche, termino odiando a Eva
un poco más. Luego, yo termino en mí
habitación tomándome un trago amargo
de solo pensar que ella no está conmigo;
si supiera que escribo poesía, le escribiría
uno cada día para recordarle el color azul
que tienen sus ojos, y lo linda que camina
cuando se pone esos altos tacones negros
que le lucen con su collar de perlas blancas.
Cómo desearía acariciarle su rostro y decirle
que su mirada tiene un toque de tristeza de
infancia, que su vacío se pronuncia justo en
el tono de su voz y que odia la vida porque
creo entender cuando ella desea llorar y
se toca el pecho como si tuviera un grito
ajustado debajo de la garganta. Y lo único
que puedo hacer yo para consolarla, es
intentar cada vez que ella me necesite
abrirle y cerrarle la puerta con toda
la elegancia y el cariño que ella
se merece. Pues todos sabemos
que la poesía no es suficiente
para salir de la miseria.

Eva después de lo de ayer me quedo claro que no necesito olvidarte, ni asumir la tarea titánica de creer que no existes. No hace falta fingir que tus defectos, que antes no importaron, hoy son fúsiles. No necesito olvidarte, ni fingir que puedo dejar de amarte; presumir victoria, valor, desafección. No voy a olvidar este poco recorrido que tuvimos, me ha quedado claro que no puedo, ni sé y que tu imagen está al alcance de todo recuerdo que invoque.

Estoy cansado Eva, me siento agobiado. No quiero vivir en un juego melancólico de eternas y furtivas miradas, que se alimentan y se esconden, en el miedo. Así que deja de jugar con eso y pónteme seria que franca te necesito. Esto de ningún modo es un capricho, te quiero concisa, te necesito sólida. A todos podrás embaucar con esa nariz tan puntiaguda, pero semejante quimera no aguanta tanto tiempo en el bolsillo, y el agujero que tienes en él, se está haciendo cada vez más profundo. Por mi parte aprendí que en la cordura no siempre hay tanta paz, y quizás tarde me di cuenta de que allí afuera, en el mundo de los pecaminosos, la locura es mucho más sensata y noble. Pero ahora toca sentir, sentir como un niño. Espero que algún día puedas venir y decirme lo que verdaderamente te pasa. Pero es que contigo las armaduras se me caen, contigo, el camino no es tan recto, y sin ti, la piel me llora por las noches. Esa maldita incertidumbre que tan prófugo me vuelve, es

aquella duda, la que me convierte en un bufón cargado de cobardía y que me emancipa de compromiso alguno. Perdona mi incoherencia, es que cuando pienso en ti, mi alma no se modera. Eva, yo sé que tratas de olvidarme, estás aferrada a esa idea que te va a devorar por completo, sé que finges y tratas de mirar para otro lado. Sí, sé que estás con él; pero cuando lo miras, no lo ves. Eva, por más que te hagas la tonta, yo sé que tu almohada es de hierro.



Sulma Montero

En mis ojos
que se hunden
en tus ojos
como habitantes
de un incendio
reciente.
En mis labios
que se abren
sobre tus labios
cual rehenes
de la lluvia.
En los árboles
aromosos
que retornan
con tu cuerpo.
En el dulce verano
inmortal
de mi piel.

Cómo acercar
mis manos
a lo sagrado
si para tocarlo
preciso
el imperio
de la luz.
Cómo descifrar
el paraíso
invisible
de su majestad
infinita.
Cómo abrazar
su fuego
sin que
me queme
la vida.

***

A ti que comunicas
el enigma del día
en una gota que cae
sorprendida de su sonido
en un pájaro que trina
antes del amanecer.

Luz salida de las sombras
húmedas de la noche
aclara mis senderos
y ábrete
mariposa pura
que vuela
desde mis manos.

***

El Deble y la Anfisbena no se podían tocar
había un punto entre los dos.
Llovía y en las calles vacías solo brillaba la Torbenta
con su collar de estrellas suspendidas.
Verde la Torbenta tenía corazones en lugar de pies
y un rozón morado que pendía de una de sus tres orejas.
A lo lejos un río de fuego los esperaba para la danza del amor.
El Deble puso el punto a parte
y la Anfisbena convertida en luna desapareció.

***

Ahora que cierro los ojos
para mirar mejor
la naturaleza del incendio
las llamas de mis sentimientos

son aún más altas.
Me quemo
y lo celebro
Vida.
Sea mi cuerpo
ofrenda para tu luz.

***

Enciende la primavera en tu piel
centinela insomne de las estrellas
quizás en el fondo de otra alma
tanto o más que tu equivocada
tan igual a ti secreta
alguien buscará
el alto zafiro de la noche
como un licor del que beben
extraños pájaros.

***

Es el bello presagio de la fugacidad.
La nave de las palabras que se agitan
frente al arcano de lo sempiterno.
Las emociones que aguardan
otro estallido generoso.

La fragancia del universo
aflorando reluciente
entre el poema y la luz.

***

Rojo enigma de mis días
azul nirvana de mi fantasía
blanco silencio que me toca
naranja de luz infinita
verde noche fervorosa
amarillo íntimo de las formas
violetas de mi vida
negro esplendor.

***

Con los ojos arrobados de infinito
salgo de mi custodia nocturna
ataviada de libélulas dormidas
y una manta nevada de silencios.
Sonámbula flor de viento
cometa seducido
por agujeros negros
equilibrista entre la nada
y la ilusión.

La historia de mi cuerpo se repite
deja que mi alma contemple el nuevo día
y el brillo de sus ojos continúa
como una luciérnaga húmeda y secreta
que apaga la noche entre sus alas.

Marcela Barrientos

Las palabras que me esperan

—¿Sos vos? —pregunta la niña, frunciendo la nariz y mirándome como si fuera un espejismo que se hubiera escapado de uno de sus libros.

Yo me río. No sé si del susto, del absurdo o del perfume a infancia que me asalta de golpe. Huele a plastilina, a pan con manteca y azúcar, a tinta de marcador indeleble.

—Sí —respondo, y me escucho con voz adulta—. Soy vos, pero más grande.

—¿Más grande cómo?

—Más grande de edad. De todo.

—¿Así que esto es lo que escribís ahora? —pregunta la niña mientras hojea el cuaderno de tapas bordó.

La mujer la observa en silencio. La luz de la mañana cae sobre el escritorio. La taza de café aún humea, y su computadora sigue encendida, con un archivo titilando: Capítulo 7.

—¿Y por qué ya no escribís cuentos de gatos que hablan? ¿O de sirenas detectives?

La mujer sonríe con un dejo de nostalgia.

—Supongo que fui creciendo…

—Yo también quiero crecer —dice la niña, mirando alrededor, reconociendo apenas ese estudio lleno de libros y ventanas—. Pero no quiero dejar de escribir cosas mágicas.

—Eso no se deja nunca —responde la mujer, apoyando la mano sobre el cuaderno—. Solo que la magia cambia de forma.

Estamos en su habitación. Nuestra habitación. Paredes lilas, una lámpara de pie que proyecta sombras como cuentos de terror, la cama cubierta con la colcha de animalitos del zoológico, y los seis pares de ojos de las muñecas sobre el estante, alineadas como una siniestra audiencia. En la punta de la cama, Tiza, la perra, duerme enrollada; en la alfombra, Copito, el gato, nos observa sin sorpresa. Tal vez ya lo sabía.

La niña se cruza de brazos. Tiene el libro abierto sobre las piernas: Mujercitas, edición de tapas blandas, con un Jo March dibujada que parece tan real como ella.

—¿Entonces sos escritora?

Asiento.

—¿Publicaste libros?

—Sí. Varias novelas. Y algunos cuentos.

—¿Y la gente los lee?

—Algunas personas. No todas. Pero sí, hay quien me lee.

Sus ojos se agrandan como platos.

—¿Y tenés tu escritorio, como Jo? ¿Y máquina de escribir?

—Tengo computadora, pero sí, tengo un escritorio. Aunque también escribo en el colectivo, en la cocina, en bares.

Ella sonríe, fascinada. Se acomoda mejor y murmura:

—No puedo creer que funcionó.

Diez años. Es una tarde de invierno de cielo blanco y viento sur. Estoy en casa, como casi siempre. Hija única, rodeada de mis mundos de papel. Me gusta leer porque los libros no me gritan, no se van, no me dejan sola. Jo March es mi amiga. Es rebelde, valiente, escribe. A veces la imagino saltando desde la página para invitarme a vivir aventuras.

Mi universo gira en torno a mi cama, mis muñecas, mi gato y mi perra. A todos les invento historias. Mi perra es una heroína espacial. Mi gato, un príncipe exiliado. Mis muñecas tienen vidas trágicas y románticas: pierden trenes, escapan de guerras, escriben cartas que nunca se envían. Y yo soy su cronista.

Mis padres trabajan mucho. Mis libros me crían con paciencia. Aprendí a merendar sola, a hablar sola, a llenar cuadernos con frases copiadas.

Un día, con una lapicera mordisqueada, escribo: "Cuando sea grande, quiero escribir libros como Jo."

—¿Y cumplimos el sueño? —me pregunta, ahora con un dejo de duda.

—Sí. Pero no como pensábamos.

—¿Y lloramos mucho?

—Sí. Pero también reímos.

Se queda pensativa.

—¿Y seguimos escribiendo cosas tristes?

—Algunas sí. Pero también escribimos cosas raras, felices, absurdas.

—¿Y nos quieren?

—Sí. Mucho.

Sus ojos brillan. Agarra fuerte el libro de *Mujercitas* como si fuera una brújula.

—¿Entonces vale la pena crecer?

La pregunta me desarma. ¿Vale la pena crecer? Las deudas, el tiempo que se escurre, las despedidas, los sueños a medio hacer... pero también las páginas escritas, los abrazos, las palabras que ayudan a otros a no sentirse tan solos.

—Sí —respondo—. Vale la pena. Aunque duela, aunque cueste. Porque seguimos soñando.

Ella me abraza. Huelo su pelo a shampoo de frutilla. Y cuando me suelta, ya no está.

Frente a mí, sobre el escritorio, está el manuscrito.

La taza de café tibio. Mi gata (la nueva, no Copito) enroscada sobre el sillón. Miro el reloj: son las 3 de la madrugada.

Sonrío. Afuera, una hoja cae de un árbol. La taza de café ya está fría.

La mujer cierra el cuaderno y comienza a escribir. Esta vez, una historia con gatos que hablan.

Vanessa Fens

Amorfa Existencia

¿Hay alguien arriba?…
.
En los ojos de la noche
aparecen zombis de líneas
transfiguradas.
Para estar contigo necesito
una amorfa existencia,
sortilegios de ignominia colorean mi mente
acentúan el aroma de los cuervos
y se alejan.

Hay un fuerte aroma
a Carbonio12
Escribe esas letras dentro de mí,
escribe esas letras
y quedaré marchita… o quedaré ilesa…
o tal vez fluiré como la yerba
reducida a hiedra,
me verás entrar sombría…
ignorando la casa donde no quise vivir.
.
Dijiste:

—Espera en la cornisa de la puerta al horario inapropiado.
.Ya nada atrofia la calma…
sin embargo, hoy no llegas,
pero sigues siendo tardíamente etéreo;
las misiones incesantes se eliminan,
irradian cólera, desolación.
.
¿Hay alguien arriba? …
La terracería no deja ver su rostro,
amorfa existencia.
Hay zombis de líneas transfiguradas
escapando a lo aberrante…
Hay un fuerte aroma a Carbonio12,
un silbido agudo en los ojos de la noche
que no me gusta nada.

Zona Aversiva

El antro calcina la nota empedernida.
Mi cuerpo:
esfumado sonido intravenoso
y pienso
sucedió ese noctambulo pasado …
aversivo acoplamiento.
Después furioso Ave Maria,
por la noche
fantasma metafórico,

hablaré de lo que nadie habla.
Deshojarme en aspas de lumbre gelida,
el vino se confunde con sudor donde
termina el cuerpo en dirección distopica
empieza el alma…
erosiva leyenda agonizante
cuando ardes sobre mi
y te derramas.

Umbral crisálido

El rayo luminoso atraviesa la noche, va más allá cruzando las nubes, cruzando las constelaciones, fuera y dentro la niebla pesada, tibio abrazo del otoño, la dualidad intrínseca de dos cuerpos sin rostro.

Fingir casiamor, el contexto entre ambos quedará plasmado. Perfiles sepulcrales y antifaces taciturnos esfumándose entre el luminoso umbral crisálido del amanecer en primavera. Hastiada abordé despacio la híbrida voracidad del amor.

Las doncellas engañadas tiraron sus harapos tejidos con paja, el anochecer es mágico, la calle fría rasga las entrañas. Otoño está cerca, precede el invierno rodeado de duendes risueños que extienden sus brazos hasta el lugar negado, brotaron de la brisa gris y sarcásticas jaulas labradas con ámbar, quedaron sentados en la cálida hoguera junto a mi cama. Intentan borrar el tercer encuentro, más todo pasivamente parecía iniciar en el punto enervante: Atrio final.

Es inevitable evadir cualquier argumento e inútil empañar las palabras, prolongar los encuentros, incendio aislado en horas revueltas…. El pacto es ficticio, está muerto. Hablamos tan cerca y tan lejanos. Cuando es vulnerable el deseo se desvanece, ofuscado por las dudas blancas.

Me duele encontrarte arrastrado e indivisible dentro del mar, en los oscuros días desahuciados por el híbrido del amor. Despierto a la intemperie hay un ruego en la suave quietud. El aire engaña como si estuviera dentro de una caja, acompañado por pequeños duendes risueños…

Esta vez su voz se escucha seca, retumba en las pinturas de espuma verde, intentan prolongar los segmentos milimétricos, las notas del ocaso… Y el aire taciturno engaña, diluye su rostro en cráteres de arenas movedizas, rumoran traslúcidas voces y antiguas promesas resbalan al fondo de los arrecifes obsidiana, misterios casi secándose en el ámbar invernal del miedo.

Detengo mi vuelo hacia el sótano de los desterrados, es el hermoso reyno luminoso de dos cuerpos sin rostro.

Me duele encontrarte pululando fuera y dentro del híbrido del amor…

Me duele encontrarte inhalando el ácido residuo del oxígeno

en los sinónimos abismales del umbral crisálido.

Limary Ruiz Aponte

Clotilde Andújar de Pasallanos
(Tres cuentos para fomentar el turismo al oeste de Puerto Rico)

I.

Museo

Detestaba el cubismo de Picasso, pero todas las tardes explicaba con paciencia un cuadro que también odiaba.

Después, al llegar a su casa, cenaba sola su porción de arroz con pechuga reseca y su Coca-Cola 0. Doble cero mejor. Triple cero, fenomenal.

Había sido un día normal. Su hija la llamó a eso de las seis de la tarde. Hablaron del clima en la ciudad donde vivía y ella supo que estaba bien. Eso era suficiente. Desde los dieciocho, a volar de la casa.

Acababa de ver pasar a la abogada del museo y le sonrió con una cortesía tan afilada que casi parecía sarcasmo mientras continuaba explicando el cuadro de la colección temporera a su grupo. A los visitantes les gustaba dejar propinas discretas y ella siempre hacía su trabajo. Le fascinaba y le parecía patético al mismo tiempo repetir datos que cualquiera podía encontrar en la guía gratuita del museo o en el chatbot más barato, o en cualquier lugar donde alguien hubiera decidido que esos datos eran suficientes.

Volvió a mirar hacia el pasillo y le dedicó otra sonrisa breve a la abogada. La abogada la ignoró.

Siguió su recorrido y pasó por el lado del cuadro. El famoso cuadro. El famosísimo cuadro de sus fortunas plagiadas. Se sacudió la cabeza rápidamente mientras un gringo le pasaba veinte dólares por lo bajo.

-Thank you- dijo.

Por un momento recordó lo que le pasó cuando intentó ser profesora. Años antes, un mentor había aprendido a llamarla plagiadora justo después de quedarse con una idea suya.

Volvió la mirada al cuadro y bloqueó el pensamien-

to. Recordó en cambio el caso del asesino en serie del documental de la noche anterior.

Solo se permitía pensar a las 7:15 de la mañana, cuando miraba X, leía sobre la guerra en curso y sentía compasión por ella. El llanto solo se permitía de 7:45 a 8:00. Después venían la ducha, dos huevos hervidos por siete minutos exactos y café con leche de vaca entera. Otras leches eran una pérdida de tiempo.

Pero el cuadro la llamaba. Ya sus pasiones no estaban comprometidas después del incidente, que recordaba más de lo que admitía, así que todo le daba lo mismo. Aquella tarde, al salir del último tour, olvidó su sombrilla. Se enfureció. El retraso significaba llegar tarde a su documental. Esa noche trataba sobre una mujer que había sufrido abusos sexuales desde niña. Le obsesionaba entender siempre el porqué: por qué esos sociópatas terminaban así. Pero había dejado la sombrilla. Tenía que buscarla.

El museo ya estaba cerrando y solo quedaban algunos curadores. Caminó rápido, sin curiosidad, hasta que vio que habían bajado un cuadro para moverlo.

Entonces lo notó.

Algo estaba escrito en el dorso.

Se acercó con curiosidad. Leyó, en una letra cursiva preciosa, el nombre: Clotilde Andújar de Pasallanos.

Ese nombre no le sonaba de nada. Miró el cuadro rápidamente y vio que estaba atribuido al distinguido pintor isleño Bernardo Santos Avellaneda, Mayagüez, 1918 - ¿Temblor?

El jefe de curadores se espantó cuando la vio. Ella siguió caminando y fue por su sombrilla, pero ese nombre (y la cara de cogido fuera de lugar del curador) no la dejaron tranquila.

Si algo había aprendido viendo sus shows era a analizar las microexpresiones de la gente.

El jefe de curadores se encogió como alguien sorprendido en mitad de un crimen. Y entonces pensó también en la cara de aquel antiguo jefe que le había quitado un buen salario y el respeto de su carrera.

Siempre lo odiaba. No podía entenderlo ni justificarlo como a sus asesinos. A esos sí los sentía propios.

Cuando llegó a su casa pasó algo extraordinario, muy extraordinario. No pudo concentrarse en el documental, y mira que lo había esperado toda la semana. Ese episodio había sido su esperanza de vida durante días. Casi no le hizo caso a su hija, y eso no era raro, pero esta vez fue más de lo común. Su hija terminó colgando y ni siquiera se percató.

El nombre Clotilde Andújar de Pasallanos le rebotaba en la cabeza. ¿Quién era? ¿Por qué esa firma? Si aquel pintor de las inundaciones sobrevividas era tan famoso, ¿por qué ese nombre estaba allí?

Esta vez le preguntó a su chatbot el más barato. Le dio un dato real y tres embustes con tono de enciclopedia. Había sido la esposa de un dentista famoso de Cabo Rojo, Puerto Rico. Pasatiempo: pintar. Siglo XIX. Desconocida. Murió en un accidente de avión, como Clemente.

El dato de Clemente le dio seguridad. Comió arroz y siguió su noche.

Al otro día, en el museo, en las escaleras principales, se encontró con el jefe de curadores.

- ¿Por qué estaban moviendo el cuadro? -preguntó.

Él apenas la miró.

-Tantos años aquí y todavía no sabes cómo funciona el museo. Ten cuidado con las propinas.

Le pareció raro ese comentario. La hostilidad ya era parte de su cotidianidad, así que no le afectó. Y menos viniendo de ese tipo diminuto que le recordaba tanto al otro.

Con calma, casi con indiferencia, repitió en voz alta el nombre que había leído:

Clotilde Andújar de Pasallanos.

El curador murmuró algo obsceno y la amenazó en voz baja. Fue como volver a escuchar a su antiguo mentor pedirle una obediencia intelectual que él llamaba favor. Ella se había negado. Después vino lo demás. Pero como no era él, no le importó.

Tampoco le importaban realmente el cuadro ni la autora. Pero vio la oportunidad. Ya la vida le decía lo que tenía que hacer.

Pidió hablar con la abogada del museo.

Y simplemente dijo:

-Sé lo que esconden.

Un NDA después, pudo volver a cobrar propinas sin miedo.

Esa tarde volvió a guiar visitantes frente al cuadro. Repitió los datos de siempre. Los del folleto gratuito. Los del chatbot, el más barato.

Nadie preguntó por Clotilde Andújar de Pasallanos.

Ella tampoco.

Y el cuadro siguió siendo del maestro, del maestro del temblor mayagüezano.

Pero antes de ser del maestro, antes incluso de ser de Clotilde, el cuadro ya había aprendido a sobrevivir con el nombre equivocado.

II.

Bodega

Clotilde Andújar de Pasallanos era hermana de Matilde Andújar de Pasallanos de Avellaneda. Amaba ese último sintagma preposicional. Le daba el prestigio de una dama decimonónica, aunque había nacido en los años

cincuenta en el oeste de Puerto Rico. Era una dama moderna, decía. Una dama de vino y sombreros de Pascua. Cómo le encantaba decir que era de las altruistas.

Pero ese dato no es importante. Pensemos en Clotilde.

Odiaba su nombre.

Desde pequeña se sentía destinada a las grandes aventuras del mundo. Del mundo, pero quedó reducida a Europa-mundo y noches de vino y tintes rubios.

Clotilde era una dama de su tiempo. Fue a la universidad, estudió teoría del arte y se casó con un ingeniero: Diego José Magallanes Ferrer. Patético, educado. Su pasatiempo era la poesía y rescatar cuadros decimonónicos del Mayagüez inundado. El gran cortesano, como le gustaba sentirse.

Su gran defecto era una halitosis mortal que había llevado el matrimonio, después de la parejita, a cuartos separados. Recámaras, habitaciones. Pero esa separación fue su bendición. Porque el cuarto que escogió era el más grande y también donde guardaban las obras recargadas.

Su marido un día llegó muy borracho de vino carísimo. Era conocedor de vinos. Ella se molestó. Entonces planificó una venganza absurda.

Clotilde sabía de vinos. Había dedicado buena parte de su vida a ese mundo. Ya había pasado demasiados años entre colegios caros, tintes rubios y pequeños concursos de abolengo. Por tanto, se fue a trabajar a una bodega cercana. Allí aprendió de aldehídos, taninos, olores y, sobre todo, del poder de asociarse con la gente correcta.

Ya retirada odiaba el olor del vino, sobre todo en la boca apestosa de su marido. Le había prohibido llegar borracho con ese tufo. A ella no le importaban otras mujeres. Pero no soportaba la peste.

Su marido estaba feliz. Había encontrado un cuadro extraordinario de un pintor isleño del siglo pasado. Un cuadro sobreviviente de las inundaciones de Mayagüez. Ya lo tenía vendido. Un millón de dólares.

Solo faltaba encontrarlo entre las obras que guardaban en la casa. Clotilde dijo que no aparecía. Su marido la creyó. Pero la apuraba.

-Ese millón nos viene perfecto -le decía-. Compramos el edificio de apartamentos en la playa.

Clotilde dilató. Y dilató.

Mientras tanto, copió el cuadro. Lo copió con una paciencia exquisita durante meses. Cada trazo. Cada mancha. Cada variación del pigmento envejecido. Al principio le temblaba la mano. Después no. Después empezó a sentir que la copia no era una mentira, sino una versión más obediente de la verdad. Se sintió Menard.

Cuando terminó, quemó el original. La copia quedó perfecta.

Le entregó el cuadro a su marido y él hizo la transacción. Compraron el edificio de apartamentos frente al mar.

Hoy se alquila a peloteros y baloncestistas. Pero jamás a la plebe de sección 8. Clotilde a veces se preguntaba algo. Si nadie nunca había visto su firma. Su firma de copista descarada.

III.

Zapatitos

Nota de archivo.

En 1841 un gran incendio destruyó la ciudad de Mayagüez y la casa de Bernardo Laró. Este mayagüezano mulato, obrero nacido en la vecina república, tenía taller de zapatos, esposa y casa.

También tenía un gran secreto: pintaba.

Bernardo Laró no necesita mi ironía. Su vida muestra la realidad del paraíso costero que el oeste aprendió a vender como cuna.

El fuego vino y destruyó su casa, su tienda, su ropa y sus pares de zapatos. Algunos impares. Quedó su tierra vacía. Pero algo particular ocurrió entre los escombros: quedó intacto un cuadro que él mismo había pintado de la marina de Mayagüez de aquel entonces.

Lo miró y sonrió con nostalgia. Aquello fue lo único que le quedó.

Junto con el cuadro y su esposa fue a las autoridades pertinentes para pedir que le repararan su tierra, como tenían estipulado. En cambio, le dijeron que no podían y que, además, esa tierra ya no sería más de él.

Bernardo Laró no ganó.

Bernardo Laró no ganó.

No le devolvieron su tierrita y, lo importante para este relato, tampoco le devolvieron el cuadro.

El cuadro era parte de la tierra. Era parte de los bienes que al nuevo dueño le pertenecerían.

El nuevo dueño era blanco y orejón. Esas orejas grandes y peludas que delatan su abolengo peninsular. Y también era amante de las artes.

En poco tiempo levantó negocios en el área y se llevó el cuadro a su casa, donde lo almacenó junto a otras cosas que alguna vez consideró valiosas. Con los años el cuadro pasó a la familia.

En la casa de los Santos de Avellaneda nadie recordaba ya de dónde había salido realmente aquella pintura. Solo sabían que era suya. Y también sabían otra cosa: el cuadro llevaba el nombre de su dueño. Un nombre que coincidía con el del zapatero al que le habían quitado la tierra.

Un tocayo.

Con el tiempo ese detalle también se olvidó. El cuadro volvió a recordarse tras el terremoto del 11 de octubre de 1918, cuando la ciudad volvió a temblar y muchas casas del oeste quedaron abiertas como si alguien hubiese querido mirar dentro de ellas.

Fue entonces cuando alguien notó un espacio vacío en el cuarto donde guardaban objetos viejos. Revisaron. Y reapareció el cuadro. Nadie recordaba bien cómo había llegado allí.

Pero sí sabían una cosa: llevaba un nombre.
Bernardo Santos de Avellaneda.
(Apellidos que, con el tiempo, ya nadie supo explicar.)

Bernardo Santos de Avellaneda pasó a la historia como el pintor del cuadro del terremoto.

Por alguna razón el cuadro transmitía una emoción que nadie lograba explicar. Más intrigante aún era el enigma de dos pequeños zapatos pintados en una esquina. La crítica no sabía cómo interpretarlo. Tampoco podían identificar muchos datos del pintor. Decían cosas como "el Da Vinci antillano", frases que siempre suenan mejor cuando se sabe poco.

Lo interesante de este Bernardo, que no es el Laró sin tierra, es que sí supo negociar su puesto en la historia. Dejó algunas coplas, muy malas, aunque él se creía Manrique, y varios cuadernillos de versos que circularon modestamente entre conocidos.

No fue recordado por su poesía, pero sí por su pintura.

Y el cuadro siguió allí, firmado por otro, con los dos zapatos pintados en una esquina.

Pequeños.

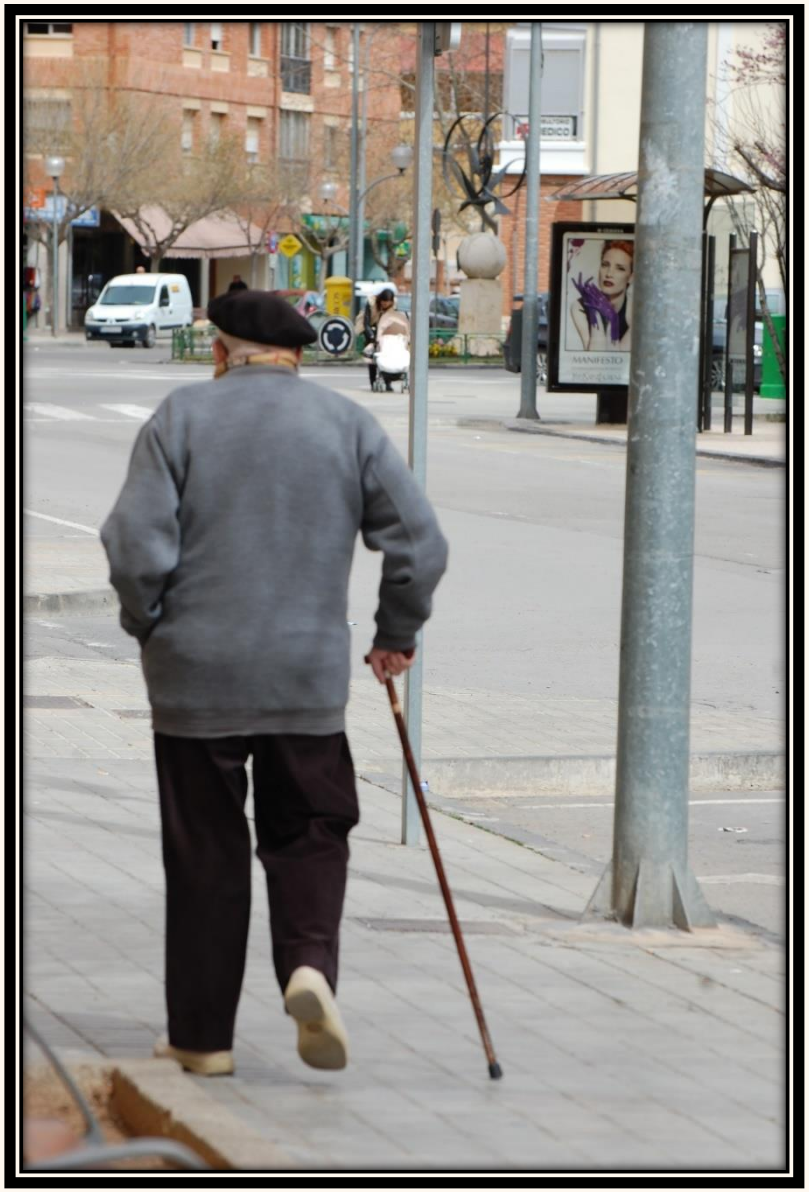
Silenciosos.

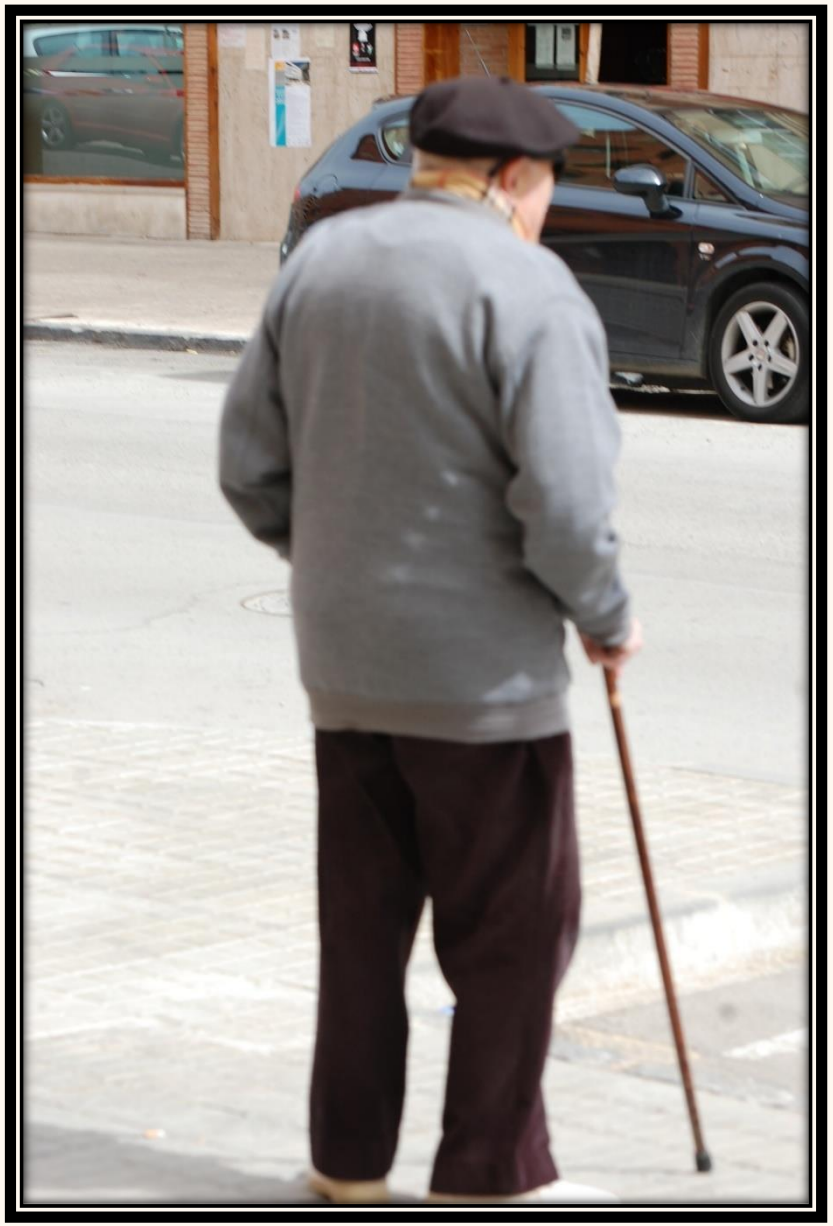
Zapatitos.

Ana Pobo

De la serie “Olvido”

NCIA PEDIÁTRICA





[Las sirenas del manglar:
Pedro Varguillas]

Soy

Yo soy dice quien se hace libre
destapándose los dientes
dejándose llover de caída al verde
amorío de mí de ti de mí de ti de mí de ti
en la frente cuando digo soy y repito y soy
y suave de la cintura bailamos
de la cintura corremos
DE LA CINTURA
la cintura
de la cintura
amo de la cintura tura usura la que me trae
la cartera tomada por la cintura
es dulce la cintura que se lame se relame de deslame
en el mame por el mame con el mame
no te teta teta t e ta

no hay teta para el teterero
no se meta el deo los gérmenes las bacterias
la ortodoncia cuando se ponga de moda le va
A costar
acostar
acostado
muerto
Morido
perdido
caído
tumbado

en caída
dónde será que soy
que no soy
que seré
yo
decir
nombrar
caer
d
i
c
i
E
N
D
o
Yo
soy
sOOOOOOyYYYYYYY
Soy yo Menor y la web es un cementerio
pendiente y vista
soy yo
y estoy que me corto mi propia mano
no creo en nadie
en nadie
digo
en
na

di
e
Oyó
por el hoyo dieciocho
cerca de la autopista donde le dan duro
al palo duro el palo palo palo
del otro lado del hoyo en el hoyo
salen de los hoyos caen por los hoyos
autopista llena de hoyos el este
se hunde la calle Suapure se cae el ramal se va al canal
cruzar el río
gua
ire
y
Sí
kagar entre las nalgas de Rómulo
Cruzar
b n
A e o
c l
s
C **Y** m
a a **C**
r **c** u
C r **e**

C
C a
C T
C
C
C
C
C
C
C
C

ZzZzZzZzzzZZZZzZz

}{ =+= }{ +_+_+_+_+_][

U

}{“’’’’:?><+| | | |}{

AAAA AAA
AA
A

RrRrRRrRR

A pie

A nado

A gas
Gas
Ga
As
S

.t. 0 .x.

S
As
Gas
Sag
ASG
.
.
.
:
BOM
B
A
S
A
G
A
S
A
B
MOB
.
.
.
.
.
:
Tóxico
Tóxico

Tóxico
Tóxico
Tóxico
Tóxico
Tóxico
Tóxico
Tóxico
Tóxico

jarabe para la tos de vos de tox
habrá caído en el nido estando perdido en el ruído
habrá cedido rendido en el agua
asfalto
agua
en el grito del ruido garganta
arrebata
arrebatada
batabatabatabatabatabatabatabatata
la comida se come en la boca
en la boca
por la boca
dice soy

YO SOY
SOY DIGO Soy canto opera soooooYYYYYYY

estrellado en el zinc de sol a zol de zol a voz a píe en el cielo
Caído
de los píes
de

Machera
corriendo
brincando
saltando
Ismael
en la otra esquina
asaltando

atracando
robando
Isabel
se lacrea
la crea
la recrea
la postea
la menea
la sabrosea

vente pues dale

Vente que venimos en combo
que tengo mi santos y son míos y soy yo y somos nosotros y somos ellos
y **somos** nos somos nous sommes we are nosotros los míos los míos los míos
con los míos *pa los míos*
me la llevo
me la prendo
me la fumo
me la bebo
con los míos
los míos
Somos nosotros los míos
sin miedo con canelita
que c**A**rtujo sino la prende la apaga
y en la montaña encendida se quiebra el río **M**otatán
tabaco en rama en hoja en yerba en picada en colada
y en el humo te encuentro en el humo te veo en el humo
VVVVVAAAAAMMMMMOOOOSSSS
vamos en el humo todos

en la locomotora que va de un sueño a otro sueño al sueño *en el sueño*
despierto
duerme
vela
que se enciende en el fulgor de la llama
azul de gas gas gas gas **Y** no te vas no te paras no ladras no gritas

Perro que se salió
de la perrera
anda solo sin sus perros
muerde pero no ladra
muerde cuando sale
cuando sale coñacea
cuando sale sale y apaga todas las luces
cuando sale el coco el coco el coco el cocó
con la sayona el silbón el hachero
se viene toda la familia
te la tengo y te la paso

-¿Tú has visto el Chavo en Acapulco?
- Sí.
- Bueno, esto es exactamente igual. Nosotros somos la vecindad y esto es Acapulco.

Bienvenido a tu casa
véngase paacá menores
rescaten con los suyos con lo suyo con lo tuyo con lo mío con lo nuestro
lo común es la comunidad

Común

a
lo
Nuestro

corazón
corazón late

vibra
Timbra
//vibra // timbra //
singa que singa
singa que singa
singa que singa
que siga que siga
que siga que siga
no pare no pared no pares
don´t stop uh uh yea yea
#PaQueGocesConSandiyPapo

si te doy que **S**oy mira que **S**oy que bello **S**oy que lindo **S**oy
esto **S**oy me dijeron que no escribiera mierda y **S**oy
porque si no te digo **S**oy después me dices que no sé dónde estoy
Yo sé ser y por eso **S**oy
tengo que hablarle a los míos
desde donde **S**oy

Hablar
porque si no lo digo me lo castran
y
aquí no hay perros es un atril de gallos
cantan pafuera cantan y silban

in your face twenty twenty get your shit done

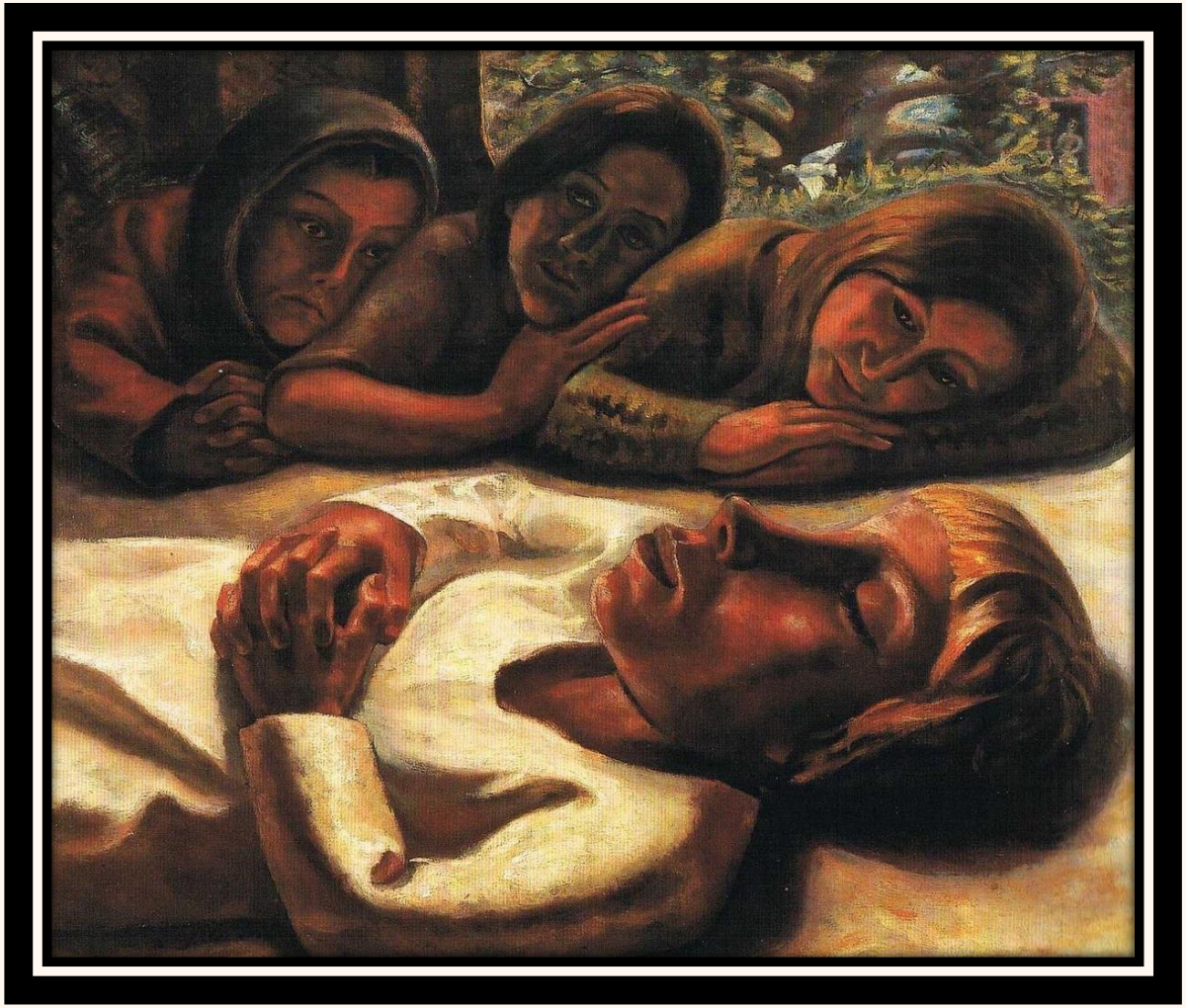
aquí no se es porque se es
yo digo **S**oy aunque no me veas **S**oy
voy
siglos y siglos pariendo
con siglos y siglos robando violando oprimiendo
quitando nos quitando nos quitando nos
siglos y siglos llevando llevando llevando llevando coñazo coñazo coñazo coñazo coñazo
parranda de palo se nombra el deseo
aguantando aguantábamos aguanta
aguantar
la pela sin tierra
en la tierra
llevando
palo coñazo hambre palo coñazo hambre palo coñazo hambre

alimentando el espíritu
eN
ifá
h**ay** frases que le truenan en la memoria a más de
1
te voy a da una coñaza

cállate
la jeta
nojoda
pim**P**um**P**
no hay pan
leche pañales
(*pa los***)** *carajitos*

he dicho soy
soy dice quien se hace libre
libre **S**oy
desde este lado donde s**o**y me nombro digo **S**oy
hoy
Soy
mírame
no v**o**ltees más
mira quien **S**oy
piensa conmigo en mi cuerpo
nómbrate en la letra que me escribe cuando digo **S**oy
soy contigo
Soy h**o**y **S**oy
y vo**y.**

Ángeles Santos



[Grafemas para caníbales
Luciana Moraes]

El peso del olvido

I.

La flor es besada por la plaga.
Igual que una palabra primitiva
de los portugueses, el triunfo de
la civilización es /pequeño/
es la suma de las piernas rotas.
de un colibrí, asesinado por la
escopeta de ayer.

II.

Basta con mirar a /Fitzcarraldo/
Y "verás que uno de tus hijos
no huye de la lucha."
Él es, él existe: aquí y ahora.
Tiene tanta fuerza como
el instinto de preparar
para que las flores se abran,
y luego destruirlas—
Eso dice un joven indio
que no quiere subir
el barco por la colina —

Esta película es real.
III.

Hay que ser muy atrevido para querer
acabar con lo verde—decia
un chamán esa noche.
El futuro carga el peso de un
niño muerto.
La locura de adornar con oro.
los buitres.

IV.

¿Será ésta la cualidad indiscernible
del futuro prometido?
El desfallecimiento del brillo oracular
la danza de las llamas
hasta la madrugada…

V.

El día es un cuerpo tirado en
el suelo.
El bosque es un niñito.
herido por el futuro.
Hay que ser muy ruin para

sonreír frente a las cenizas…
VI

En este viaje sin retorno,
no hay nada seguro; llueva o truene;
    agua o fuego; lo que sea que venga.
Ni siquiera una noción sobre la
    naturaleza de las acciones.

VII.

En esta tierra, el espejismo y la
imagen real se
confunden—volátiles.
Basta una mirada
/en la niebla/
para que olvidemos repentinamente
el nombre de nuestro origen.

VIII.

Es raro tocar a un extraño.
y ver nuestra vida
  extinta e impresa
                en el periódico.

IX.

El futuro —un término inconcebible—
es un pronombre relativo sin
sujeto explícito.

X.

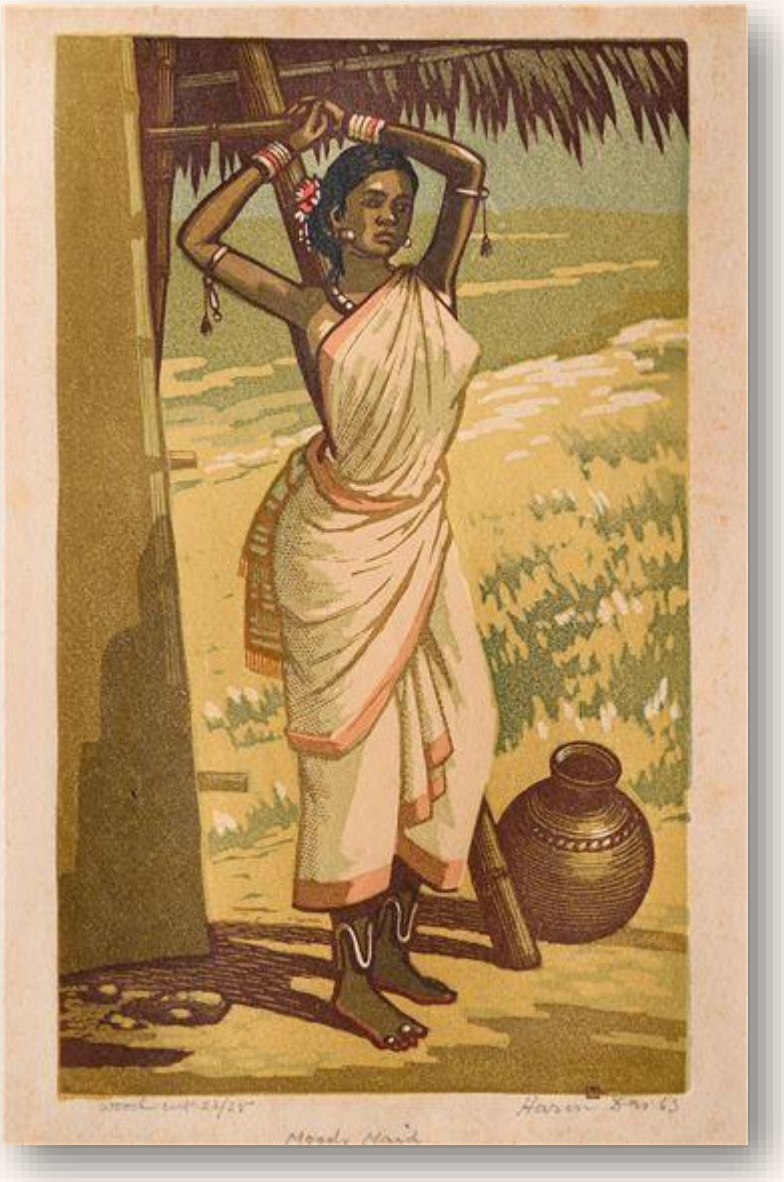
Nuestros ojos inventan
palabras nuevas
por la magia del d i s t a n c i a m i e n t o.

Traducido del portugués por Alberto Martínez-Márquez

Rafael Brito

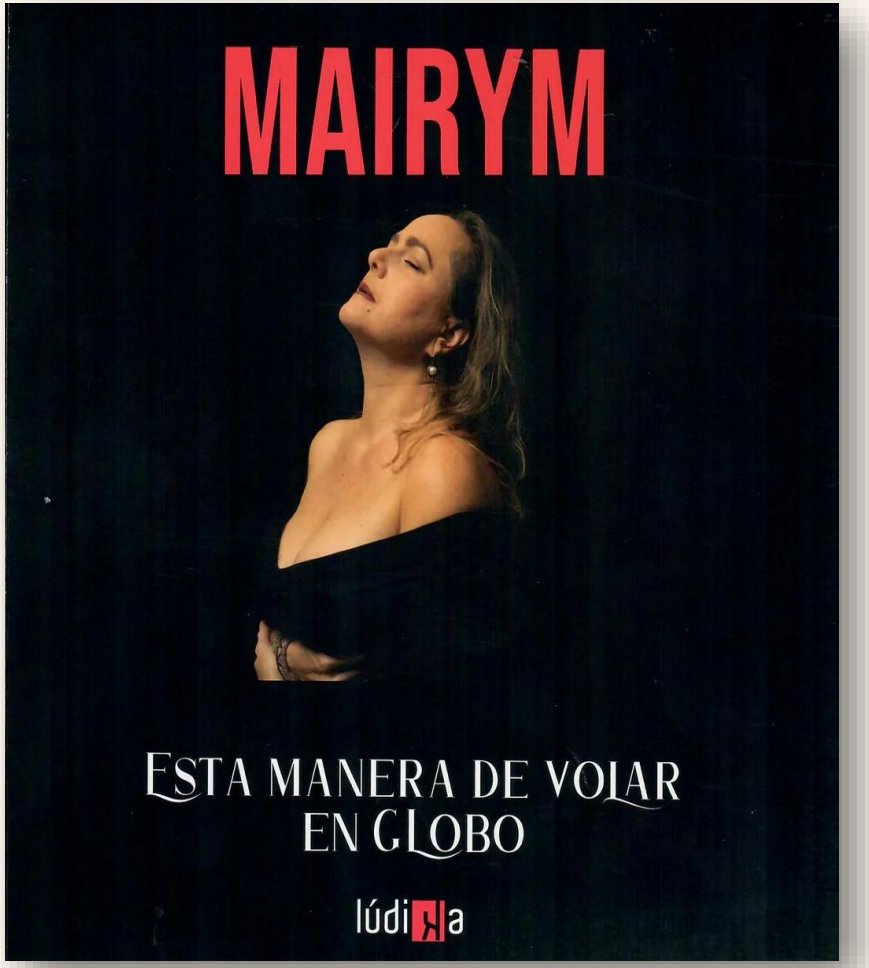
FIGUEIRA
12
551

[La pupila del jabalí]



Margarita Bustos

Entre el vuelo y la caída: *Esta manera de volar en globo* de Mairym Cruz-Bernal



Ingresamos a este viaje/vuelo con una dedicatoria a Victoria Teresa, su nieta, *porque la regresa a sí misma* ¿desde dónde necesita regresar la hablante? ¿Qué claves y genealogías para volar/viajar/vivir anidan en la infancia? Primer enigma que habita en este poemario confesional. Y luego antes de adentrarnos en los diferentes poemas para volar y caer, para volver a intentarlo como tantas veces en la vida de nosotros/as los humanitos, Mairym Cruz Bernal nos entrega dos llaves: la primera interrogándonos a través del epígrafe de Gonzalo Márquez Cristo ¿Quién sobrevive a su infancia? Movilizándonos a una serie de evocaciones hasta ese lugar idealizado o del cuál anhelamos huir a toda costa; la infancia como un tópico recurrente al cual volvemos, intentando descorrer los velos de la memoria o sepultar los gritos para que queden en el fondo del patio. Una segunda llave para ingresar a **Esta manera de volar en globo**, es el epígrafe de Sylvia Plath "Cierro los ojos y todo el mundo muere; levanto los párpados y todo renace. Creo que te inventé dentro de mi cabeza"

Vuelo y caída en un parpadeo, una mujer fragmentada que intenta unir los pedazos del ser y percibir(se). Nosotras/os como lectoras/es ¿cuán fragmentadas/os estamos? Comprendiendo que histórica y socialmente como sexo-género hemos sido habladas, construidas, amordazadas por un sujeto universal masculino. Por ello, la escritora y crítica literaria Lucía Guerra Cunningham, señala que: "*La noción de mujer ha sido fragmentada por la historia, la cultura y los discursos patriarcales, viéndola como un ser dividido entre la naturaleza y la cultura, la sumisión y la rebeldía, un 'signo' que necesita ser reconstruido desde una perspectiva propia y crítica*".

La escritora Mairym Cruz-Bernal se sitúa desde un yo fragmentario que mediante la hablante lírica revelará contradicciones, búsquedas y miedos, vientos de rebeldía para volar horizontalmente como los globos o sobre una cama, idealizaciones al ser deseado/amado y profundas decepciones ante éste y frente a sí misma. Un poemario que habla desde el yo y se encuentra con un nosotras, ya que comienza con un Manifiesto, *Manifiesto del vientre* para situarnos en las geografías del cuerpo-territorio-deseo-genealogías, explorando los tabúes que la sociedad patriarcal impuso y ha transmitido durante siglos, movilizándonos al vuelo/búsqueda, asumiendo las posibilidades de la caída. En el poema *Credo* le habla en forma simétrica-horizontal a la figura simbólica de Dios, a Adán, los héroes grecolatinos, y por supuesto a sí misma, señalando desde una voz desenfadada un nuevo sistema de creencias. Poemas a la Humanidad, a cómo regresar al *Vientre de la idea* (página 53) y desde ahí a la caída, al anhelo del suicidio como término al dolor del desmoronamiento existencial; aquí la hablante se desnuda en ideas y sentimientos, en búsquedas escriturales y sentencias sobre el papel, nos confiesa: "*(…) llegar a retornar a nadie, a nada/ a este lugar geométrico donde ya no tengo/ a quien llamar/ ni a quien culpar/ ni a quien afligir/ ni a quien apuñalar con mis pequeñas desgracias/ Camino dentro de la celda como una prisionera libre/ pero dejaré para otro día/ escribir el poema de mis viajes/ mis recorridos por calles empedradas/ buscando ser encontrada/ dejaré para otro poema los recovecos de un mundo/ al que ya no podré regresar/ pero que están intactos en mi memoria (…)*"

En *Esta manera de volar en globo*, el sujeto poético se estructura a partir de la fenomenología de la ausencia (la experiencia subjetiva de lo que "no está", no como un simple vacío, sino como una presencia activa que configura nuestra conciencia, permitiéndonos imaginar, sentir pérdida, o incluso anhelar aquello que falta) La sujeta lírica se construye desde una paradoja fundacional: la simultaneidad del vuelo y el encierro. El globo aerostático funciona como significante flotante que condensa la tensión entre elevación y clausura, libertad y peso, revelando lo que Bachelard denominaría una "poética del espacio" marcada por la verticalidad imposible.

Nos presenta a lectores/as las experiencias del cuerpo femenino sin prejuicios, desde las subjetividades y contradicciones, desde los deseos y las insatisfacciones; experiencias que atraviesan el poemario, estableciendo un diálogo con la tradición confesional latinoamericana —particularmente con Alejandra Pizarnik, Cristina Peri Rossi, Marossa Di Giogio— pero en Cruz-Bernal desde la corporalidad: "tengo un vacío de libélulas en el vientre" (*Manifiesto del vientre*). Este vacío no es ausencia pasiva sino espacio generativo, matriz que contiene "*un ejército de rosas / esta anarquía de mujeres puestas de pie*". La estructura binaria vacío/plenitud se deconstruye mediante una sintaxis que privilegia la acumulación, creando un efecto de desbordamiento que contradice semánticamente la vacuidad enunciada.

La topografía del poemario traza una cartografía psíquica donde el "piso 11" emerge como cronotopo (**interconexión inseparable entre tiempo y espacio**) fundamental —espacio fronterizo entre tierra y cielo que replica la condición del globo—. Cruz-Bernal construye lo que Julia Kristeva identificaría como un "espacio abyecto", territorio donde se negocian las fronteras entre el yo y el otro, la vida y la muerte: "*Estoy encerrada en un pequeño cubículo 8x8 / solo llegar a este lugar cuadrado/ a esta alcancía de pensamientos vírgenes/ sin adulterar mis manos limpias de sangre/ llegar a retornar a nadie, a nada/ a este lugar geométrico donde ya no tengo a quien llamar/ ni a quien culpar ni a quien afligir ni a quien apuñalar con mis pequeñas desgracias/ Camino dentro de la celda como una prisionera libre/ pero dejaré para otro día escribir el poema de mis viajes (…)*" (*Regresar al vientre de la idea*).

La recurrencia del motivo materno estructura el poemario como trabajo de duelo. La madre muerta retorna espectralmente, configurando lo que N. Abraham y Mária Török (psicoanalistas que trabajan el trauma transgeneracional) denominan una "cripta" intrapsíquica: "*Madre te extraño tanto / desde este rincón oscuro de mi alcoba / con los lugares del poema que me abandona*". La ceguera progresiva de la poeta —elemento autobiográfico que permea el texto— se inscribe en esta economía del duelo: la pérdida de visión física replica la pérdida materna, estableciendo una cadena metonímica:
ceguera= orfandad =muerte.

Este poemario trabaja con una prolífica intertextualidad y tradición de voces latinoamericanas, Cruz-Bernal inscribe su proyecto en una genealogía femenina explícita que va de Dulce María Loynaz a Nancy Morejón, de Alejandra Pizarnik a Clarice Lispector. Sin embargo, su operación no es reverencial sino apropiativa: cada epígrafe funciona como umbral hacia una reescritura. En Llena de ti, el diálogo con Pizarnik revela afinidades estructurales —la noche como espacio de revelación, el espejo como dispositivo de desdoblamiento— pero también divergencias

significativas. Donde Pizarnik cultiva el silencio y la elisión, Cruz-Bernal practica una estética de la saturación: "*Los pájaros se arremolinan para comer este pan / el poema ya no es posible en esta ceremonia interior*".

La comparación con contemporáneas como la hondureña Amanda Castro o la mexicana Valerie Mejer revela búsquedas convergentes: la exploración de una erótica femenina no supeditada a la mirada masculina, la reivindicación del cuerpo como archivo de memoria. No obstante, Cruz-Bernal se distingue por una violencia enunciativa más explícita: "No jodas conmigo Lucifer / Yo no soy Job" (*Hay golpes en la vida tan fuertes*). Esta interpelación directa a las figuras del poder —divino, patriarcal, colonial— constituye un gesto político insurrecto.

En relación al deseo y la semiótica del cuerpo en Cruz-Bernal, operan como texto palimpséstico donde se inscriben múltiples violencias. La poeta elabora lo que podríamos denominar una "semiótica de las marcas": cesáreas, uñas, cicatrices funcionan como grafemas de una escritura corporal alternativa. En *El lenguaje de las uñas*, el cuerpo se transforma en superficie sígnica: "*hombres hay que recibieron el lenguaje de mis uñas / en espaldas tiernas / una uña diciendo sigue, y luego el estremecimiento*". Las uñas, instrumentos de escritura y arma, condensan la ambivalencia del deseo femenino —objeto y sujeto, pasividad y agencia—.

También, me interesa aludir a la utilización de epígrafes al final de los poemas, dedicados a sus compañeras/os escritores de ruta y referentes literarios, tales como: Gloria Mendoza Borda, Dulce María Loynaz, Nancy Morejón, Wislawa Symborska, Aristóteles España, Ida Vitale, Rosario Castellanos, Mario Benedetti, Roberto Bolaño, Clarice Lispector, José Martí, Juan Sáez Burgos, entre otras/os; generando un tejido de continuidad transterritorial y de imaginarios que posibilitan que quienes transitemos por estos versos continuemos el vuelo.

Finalmente, quiero referirme al gesto meta literario que recorre el poemario como interrogación obsesiva, sobre la posibilidad misma de la escritura. En *Ars poética*, Cruz-Bernal establece una relación agonística con el poema: "*eres el dios egoísta que precisa de alabanzas / no me arrodillaré ante ti*". Esta concepción del poema como entidad autónoma, casi parasitaria, enlaza con la tradición mallarmeana pero también con cierta poesía latinoamericana contemporánea —pienso en la argentina Mirta Rosenberg— que concibe el lenguaje como resistencia material.

La ceguera progresiva introduce una dimensión trágica en esta metapoética: "*certeza de que mis manos conocen el teclado / y su alfabeto / aunque mis ojos me traicionen*" (*Las certezas que me quedan*). El acto de escritura se transforma en ejercicio táctil, escritura ciega que paradójicamente ilumina. El cierre del

poemario —"Poesía, déjame en paz" (*Déjame en paz*) — no constituye renuncia sino reconocimiento de una servidumbre constitutiva: la poeta no posee el poema; el poema la posee.

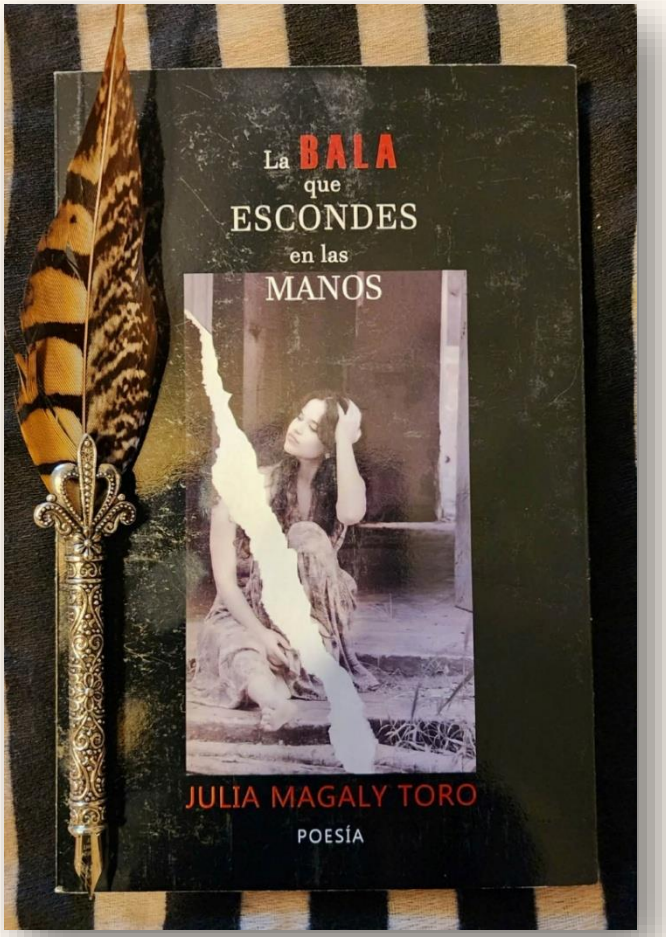
Esta manera de volar en globo se inscribe así en la tradición de la poesía confesional latinoamericana, renovándola desde una honestidad brutal que rechaza tanto la victimización como la heroización. Cruz-Bernal construye un sujeto poético múltiple —"todas las Evas que han vivido la historia"— que asumen la contradicción como condición ontológica: "soy una pausa", declara citando a Octavio Paz, pero una pausa repleta de ruido, una suspensión que es también caída y elevación simultáneas. El globo, finalmente, no asciende ni desciende: levita en un presente perpetuo donde escribir equivale a respirar, incluso —o especialmente— cuando el aire escasea.

Margarita Bustos

Mario Antonio Rosa

Julia M. Toro: la poesía, como bala de encuentro

> *Las primeras armas de fuego aparecieron en los campos de batalla europeos mientras los caballeros y hombres de armas usaban armaduras de placas. Contrariamente a lo que algunos podrían pensar, ambas continuaron usándose simultáneamente durante siglos.*
>
> Taste of History
> 23 de abril 2023



El amor, o el duelo. ¿Alguien lo dijo? ¿Será posible unir estas dos máscaras para esta definición? Perder el amor reúne un duelo involuntario, que llega en mala frescura al corazón humano. Es una condición de quemarse y expiar. Surge ciega, la pureza. Alcanza los poros, y el verbo. De modo que, la transgresión abre su cielo natural, prístino, válido al manifiesto. La condición humana abarca las experiencias fundamentales que caracterizan la existencia, incluyendo las dimensiones físicas, mentales y emocionales. Confluyen experiencias universales como el nacimiento, el crecimiento, el dolor y la muerte, así como un amplio espectro de sentimientos como la felicidad, la ambición, la ira y la desesperación. Filósofos como Platón y Descartes han explorado estos temas, lo que ha dado lu-

gar a importantes reflexiones sobre la justicia, la identidad y la naturaleza de la existencia. Este rico entramado de indagaciones continúa inspirando debates sobre lo que significa ser humano, reflejando tanto las luchas como las aspiraciones inherentes a la experiencia humana. Eso es la existencia, y eso es el poeta. La existencia en su médula, busca expandirse, brotar, gritar, inmolar y rehacer su cauce. Nadie escapa. Por eso, siempre, me siento identificado con la premisa de que el poeta es el más cercano espectador de la condición humana y en ese ruedo, se expresa en uno de los muchos polos que absorbe lo sublime. Transgredir es existir. En el poeta, es una fuerza despejada y libre, sin prórroga, profusa. Desde el intento de una imagen a una mala palabra de asfixia, bajo la poesía, la posibilidad es fuerza e impulso.

Ese enunciado lo encontramos en el libro *La bala que escondes en las manos* de la poeta puertorriqueña Julia Magaly Toro. Libre origen, verbo exacto. Nada más. Libro construido en una de las muchas génesis del alma e invicto en el equinoccio de la piel. El libro, como una bala escondida, encierra su destello personal al equilibrio de la expresión y del ritual de unas imágenes diestras y con poder. La poeta escoge la bala, hija primogénita de la pólvora, allá en la antigua China—y después—como un único incendio para cambiar en el decir, expresar. Los poemas de este libro son un ejercicio honesto y noble de escribir la poesía como un escape, en anatema contra los discursos y estilos. Julia, poeta, es su propio estilo, su soledad, su acrobacia de soñar, su desvelo, Es lo que escribe, conquistada por la imagen, lo respirado y vivido:

Dame un poco de tu cromo
haz de este acero uno inoxidable
no perfecto como oro y platino
quiero poder reaccionar a tu oxígeno
a lo que alimenta tu conocimiento
tus recuerdos, tus vivencias, tus días
construye en mí una espada de doble filo
que penetre en la piel con simetría
y haga una cicatriz alineada y perfecta…
(*Armadura*)

La fusión de amor de amor origina la densidad del acero y el ritmo de la siempre apertura de la espada. Ondea un acto de piel y luz que derrota los requisitos del oro y el platino. La poeta funde su más allá con el amado donde también se puede conjugar el espíritu. Y digo eso, porque en todo el libro camina secreta una transparencia que solo cae en el fin y asombro del espíritu. Amar, quizá, más allá de los huesos. Esa misma simbiosis crea por fin una armadura impenetrable, una ronda de altura y fuego.

El libro en su contenido está dividido en los diversos manifiestos del fuego abierto del revólver. Persisten

las escalas, los temas, tipos de bala, tiro al blanco, chaleco antibalas, calibres, balas de salva—¿realmente existen?— y municiones. Todo el ser y su caído entorno deambula en esta creación apartada de las modas y rompiendo cauces. La poeta conoce su rumbo visual por la vida, ama su oficio, teme a las grandezas de la revelación y es rebelde en el discurso. Todo nos lleva al preclaro conjuro de una poeta que camina, sin adivinanzas. Pero no termina ahí. Hay un poema donde la existencia participa como un dardo contra lo impasible. Es un poema colectivo. Lo escribimos todos y Julia, lo plasma en el tiempo:

Su mano derecha sostiene
una lata de salsa de tomates
que pone de nuevo en el estante
que vuelve a agarrar

es un constante análisis matemático
de qué puede comprar con lo que queda
cuánta hambre puede quitar esa lata
sino tengo cómo pagar las habichuelas
si al pan puedo darle un beso
y tomarlo con agua del grifo
en una cárcel está el pueblo
y los políticos en su guiso
¡ay, gobierno cabrón!
que insistes en poner impuesto a todo
ni siquiera los barquitos de papel están exentos…
(*Sicarios*)

La poeta señala la mentira social. La apariencia de un país tupidamente capitalista y próspero donde el hambre riega con silencio sus provisiones y abandona almas. Pero ¿que tipo de abundancia nos pisa el ruedo? País irresoluto, con una economía de cartón y en crisis y una deuda externa explotada en discusiones virales y posturas políticas. Y dos partidos echándose a la llenura de sus mochilas. En este poema se repasa la realidad de un Puerto Rico que alguna vez fue de ensueño, un clamor de patria, una denuncia. Parte de la existencia: el entorno y su llamarada. La paz, es parte de esa mentira social; la guerra un motivo, sin resurrección.

De modo que, nuestras letras nacionales tienen en Julia M. Toro una poeta dueña de un verbo innovador, De una prestancia esencial en el modo de la buena poesía. Desde el cuerpo, el dolor, la piel, el alma, el chaleco antibalas que nos presta en su palabra nos cubre en un buen comienzo, y sobre todo fin. Es poeta de este tiempo, escrita con futuro:

...comernos la luz roja en los caminos
guardar el miedo en la mochila
masticarlos con o sin hambre
aceptar que todo se aprende en la vida

la ternura de tus manos hacerla un nudo
para amordazar cada uno de los fracasos

empezar libres cada madrugada

aunque de la esperanza solo queden

algunos pedazos…
(*Besar la fatiga de tus pies descalzos*)

Marioantonio Rosa

José Ernesto Hernández: Epístola de asombro por un poeta

Un poema es una cosa que será.
Un poema es una cosa que nunca es, pero que debiera ser.
Un poema es una cosa que nunca ha sido, que nunca podrá ser.
Huye del sublime externo, si no quieres morir aplastado por el viento.
Si yo no hiciera al menos una locura por año, me volvería loco.
Tomo mi paracaídas, y del borde de mi estrella en marcha, me lanzo a la atmósfera del último suspiro.

Vicente Huidobro, *Altazor o el viaje en paracaídas*

PIPPA PASSES
BUENOS AIRES POETRY
ES TRISTEMENTE BELLO ESCRIBIR UN POEMA DONDE MORIRSE. José Ernesto
ES TRISTEMENTE BELLO ESCRIBIR UN POEMA DONDE MORIRSE.
PIPPA PASSES
José Ernesto

Hay prólogos que no existen. Prólogos que no resisten la poesía. La vida, en su corteza, es un prólogo indefinido, desdoblado, ágil o absorto. Prologar como si hilvanáramos un monólogo a veces puede desnudarnos al vacío. De modo que, para hablar con la poesía, para decirle a la poesía el monto de sus alas, para señalarla, con todas sus alturas es preciso desvanecernos, olvidar las reglas, ser déspotas con el rigor. Yo diría a esto, un intento de soñar, adormecerse un poco, cambiar, si somos atrevidos, la forma de los ojos. Ya Miguel Hernández nos dio el nacimiento, tenemos tres heridas: la de la vida, la de la muerte, la del amor. Esta tríada, en un poeta es monumental. La siente más, la conoce demasiado cerca, y hasta aprende a herirla, para brotar palabras. Y una vez Huidobro, el creacionista, hablaba de un salto mortal atado a un paracaídas desde su estrella íntima capaz de cubrir el cosmos, el miedo, la hendidura. Crear desde el dolor es nacer

en dominio sobre el mundo. El lenguaje es lanza, y jinete. Mundo, es un gigante, ya lo confirmó Alonso Quijano, el bueno, con aquellos molinos hastiados de eternidad y de lamer los espíritus del viento. El poeta, hijo enfurecido de la totalidad asume el salto, y se sorprende.

Estamos muy cerca de un poeta. Los prólogos no existen. Pasa que la poesía funde su antorcha rebelde del decir y del hablar, el nombrar, el totalizar la palabra, restándola de la cotidianidad. Vive contrario, respira contrario, amanece inmenso. Y a veces, no sé si un prólogo es suficiente para decir tanto. ¿Con qué palabra lo defino? ¿Qué adjetivo, qué pronombre? La circunstancia es única. Es mayor el paradigma. Muy cerca de José Ernesto Hernández, ocurre una alquimia exacta y demoledora, alejada de prólogos y nombres; una palabra empieza el acto con un océano montado en ola única, rapaz. Lo demás es ir viendo, desde el paracaídas, el todo de la palabra, lo que su inventiva, biografía en sol naciente y luna nueva, audacia e imaginería estremezcan. Es una manera de decir totalidad.

No, mientras escribo esto el prólogo se difumina con distancia. Se me acercan estos versos de un libro al que el poeta ha llamado *Es tristemente bello escribir un poema donde morirse*, y el fijar una óptica para un libro como este comienza en una danza dispar, movediza, sin consuelo de acierto. ¡Qué gran vuelta a una de las heridas del poeta, la vida! Diré que el libro es mágicamente denso, porque las fórmulas creadoras asumen ríos a contracorriente, la imaginación regresa a su niño escondido, y juega con su abecedario para la soledad, el vacío, la pérdida, el amor y hasta me atrevo a nombrar monólogo, en un teatro a cámara negra, un perseguidor y una música a lo lejos, esta vez, espejo rendido. Hugo Mujica, poeta argentino, abre la marea fuerte de este libro, y tras de él, el discurso del poeta, un lenguaje muy interior que se desprende y resplandece. Hay unos versos que lo exponen como un golpe de agua capaz, y sucedáneo:

hay que destruir la
casa que fuimos
para edificar sobre
los escombros
nuestro otro hogar.
(*Donde la casa olvida tu nombre*)

Este poema es iluminador, y a su vez desolador, es un mapa limpio de sobrevivencia; una casa, tal vez la de todos, se mira con tristeza, una casa que hemos tenido todos que, de momento, no te conoce, te deshabita, tritura tus raíces. Un incendio inofensivo que en su mudez trae capítulos de la memoria y a su vez seduce a una desaparición. Es una forma de dolor, una caricatura contra una vida, locuaz y concluida que, en la mirada total se hace nada. Siempre, en este visto existencialista enfrentaremos la dureza de tener casa sin hogar, pisar los escombros y edificar quién sabe dónde.

Creo que en todo hogar siempre hay una despedida, un despecho, un vacío que dormía entre cimientos de felicidad; alguien marcha, y todo cambia, se van llenando soledades. El poeta lo demuestra en estos versos donde todos habitamos, y donde se aferra a regresar libre de lo perdido:

correr hacia dentro,
expurgar mis huesos
hasta encontrar algún hilo rojo,
que me enseñe el camino de regreso:
a la falda de la abuela

a la hermandad cómplice,
a la ruta de la golondrina,
a la mansedumbre materna.
(*Donde la casa olvida tu nombre*)

Esta sección del libro nos narra el camino de un desprendimiento, la nostalgia herida, la ansiedad, el pasado y su línea del presente. El pasado traza un territorio en el frente de las palabras; la imaginación en su día presente las observa, con limpieza y dolor. Hay, elementos en el sendero que pedirían un regreso, un intento de amor, un acto de amor incluso, pero la vida del poeta esta hecha de verdades y presentes migratorios a un estado absoluto de poesía. En este libro como diría Miguel de Unamuno hay un ¡ADENTRO! muy contemplativo; claro está queda el deseo de regresar, el espíritu así lo ordena, porque el espíritu al final abre la brecha al paso del futuro.

Y sigue, la lluvia interior, cubre el cosecho de palabras vivas. José Ernesto nos recuerda el niño que yace en algún lugar de nosotros. La segunda parte de este poema *El niño que se hizo sombra* encierra una gran verdad, y una revelación: el hombre encierra de silencio su niño hasta ser su sombra. He aquí la marca:

Qué pesadilla esta
de calaveras de pájaros
girando sobre mi cuerpo,
en esta noche que me traga
y me escupe dentro de un
baúl de juguetes mustios.

hay algo de mi pasado
que no tuve, algo como…
una mirada, un abrazo o un dulce
que hoy reclama su espacio;
pero estoy lleno de cenizas.
ay de mí, siempre herido,
taciturno, melancólico.
(*El niño que se hizo sombra*)

¿Acaso somos un niño de sombra, callado, mustio, sosegado por nuestros actos? Cada poema en esta parte del libro-si decir todo-es destinado al ser, a su travesía, sus facetas solares y lunares, su tiempo, su espacio, su solera de palabras, su silencio. El poeta, en sí mismo, es un soliloquio. Discursa, tambalea, llora, se atreve a reír y sueña.

Dos secciones adicionales conforman el libro: *Vulnerable Animal y Bajo el filo de las palabras.* Cada uno escrito con la originalidad que lleva el alma y su ambiente de contemplación. El poeta asume el hombre de hojalata y desangra el poderío, de la expresión. Y es que José Ernesto, poeta total, no puede vivir bajo otro orden que el filo de las palabras; el subir, la pendiente, paso a paso, a sol y luna, también noche oscura, y conquistar el término medio-como Aristóteles en su tabla mágica-de la voz y la rendición de los destinatarios. Hablar en poesía conlleva una libertad honrada y magnífica, precisa, Paul Válery oscilaba entre el vuelco al desprendimiento, la dación, el mensaje perfecto. He aquí que José Ernesto en el centro de su escenario rompe incluso con las intermitencias de la vida y de la muerte, porque poesía es eso, provocar que los prólogos desistan de fijar el orden; es leer el poema y hacerse vital desde el poema mismo.

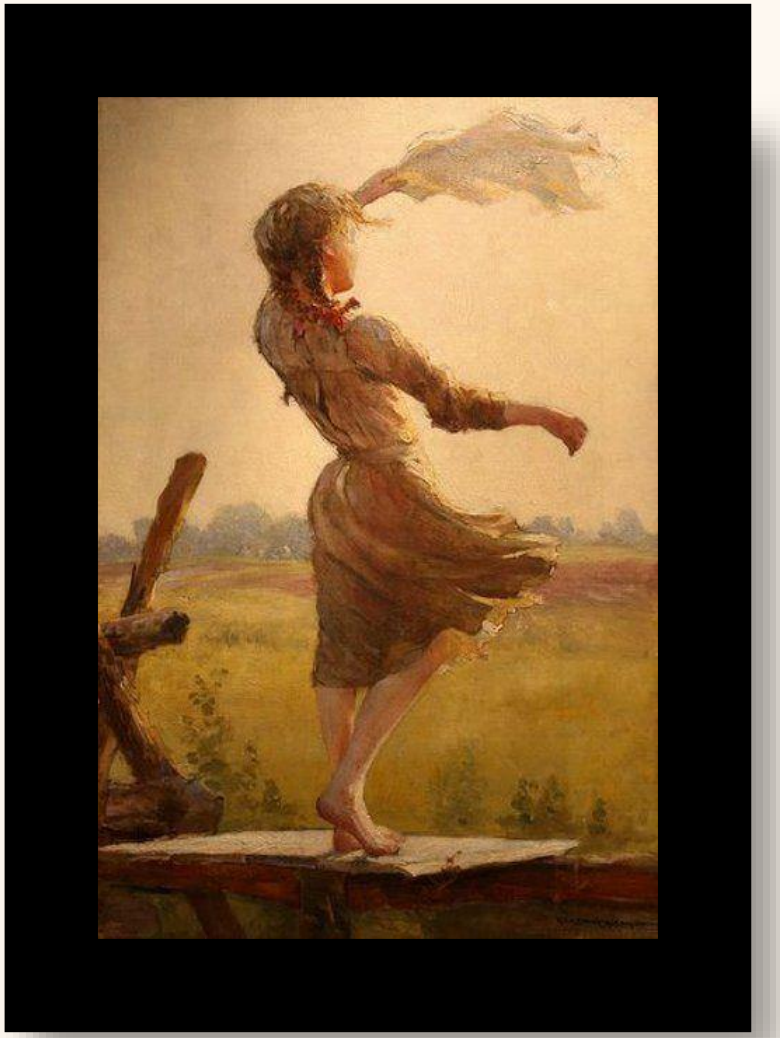
Cierra el libro con el título de su nombre, *Es tristemente bello escribir un poema donde morirse* lo dejo a la imaginación del lector

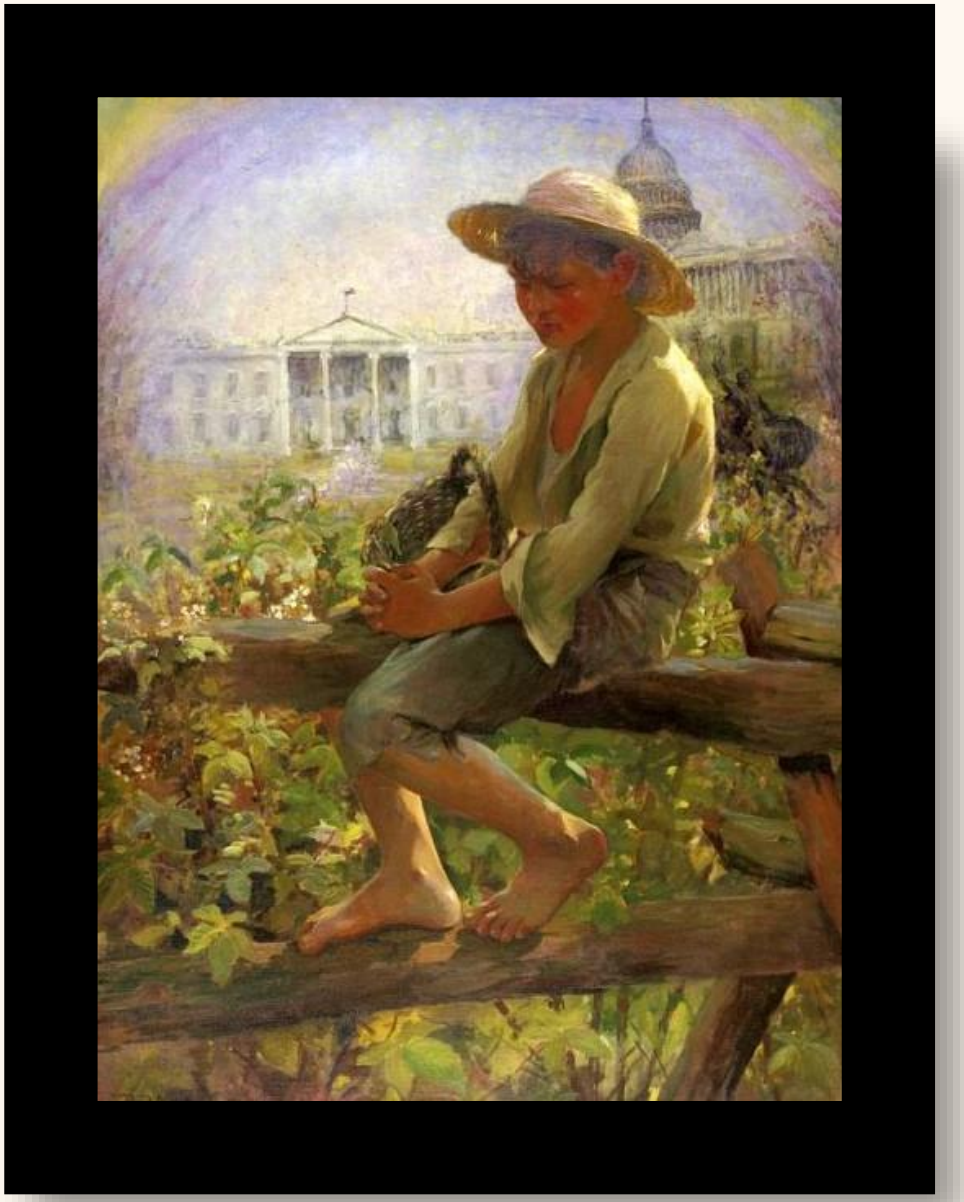
de estas páginas. Solamente, bajo la premisa anterior, les advierto, resume ante el todo del ser una vitalidad que se hará compañera de tus días, ya no habrá muerte, sólo el universo indomable que rompe con su cerco, las palabras:

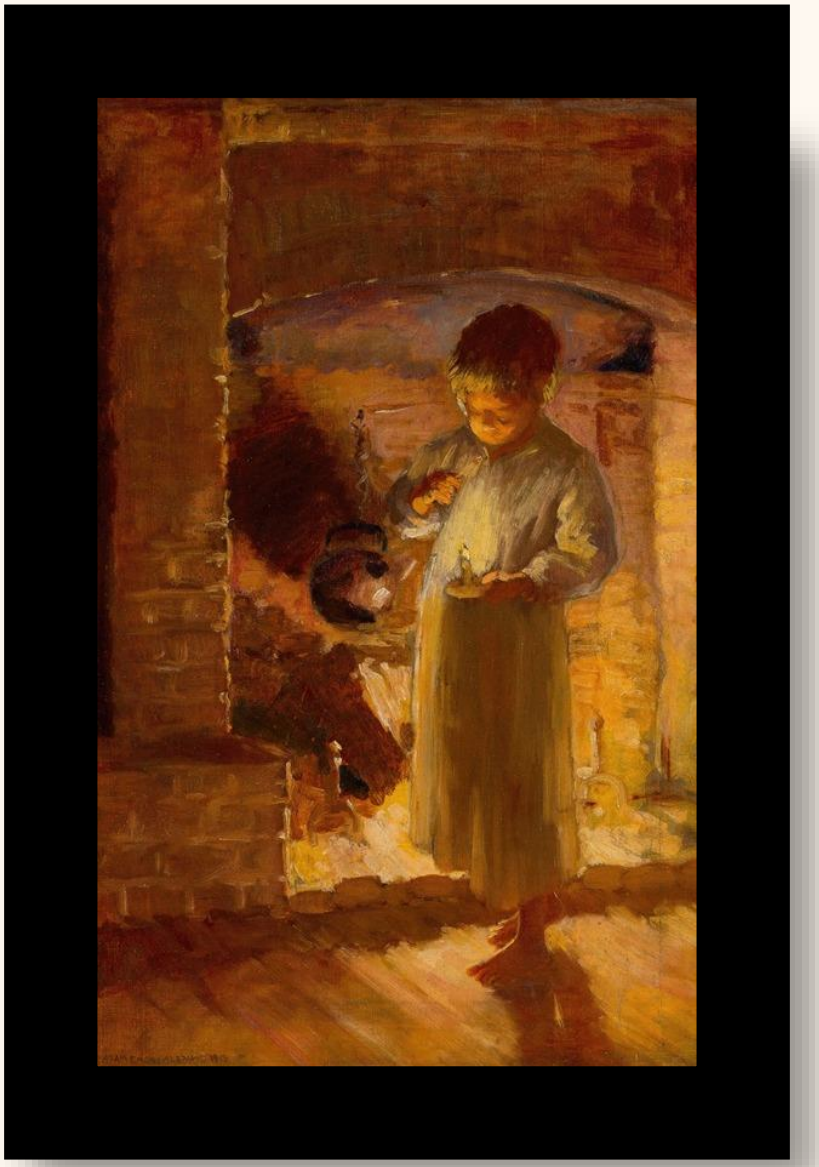
porque escribir para fallecer
es un juego cuyas instrucciones
llevo cicatrizadas en el alma.
es tristemente bello escribir
un poema donde morirse,
como resquebrajar con un verso
las puertas del miedo
y volverme a encontrar sin
fracturas en los ojos del cielo.
dime, Lady Lazarus,
si morir es un arte,
¿cómo transmuto en
una alondra bajo el
peso de este poema?
(*Es tristemente bello escribir un poema donde morirse*)

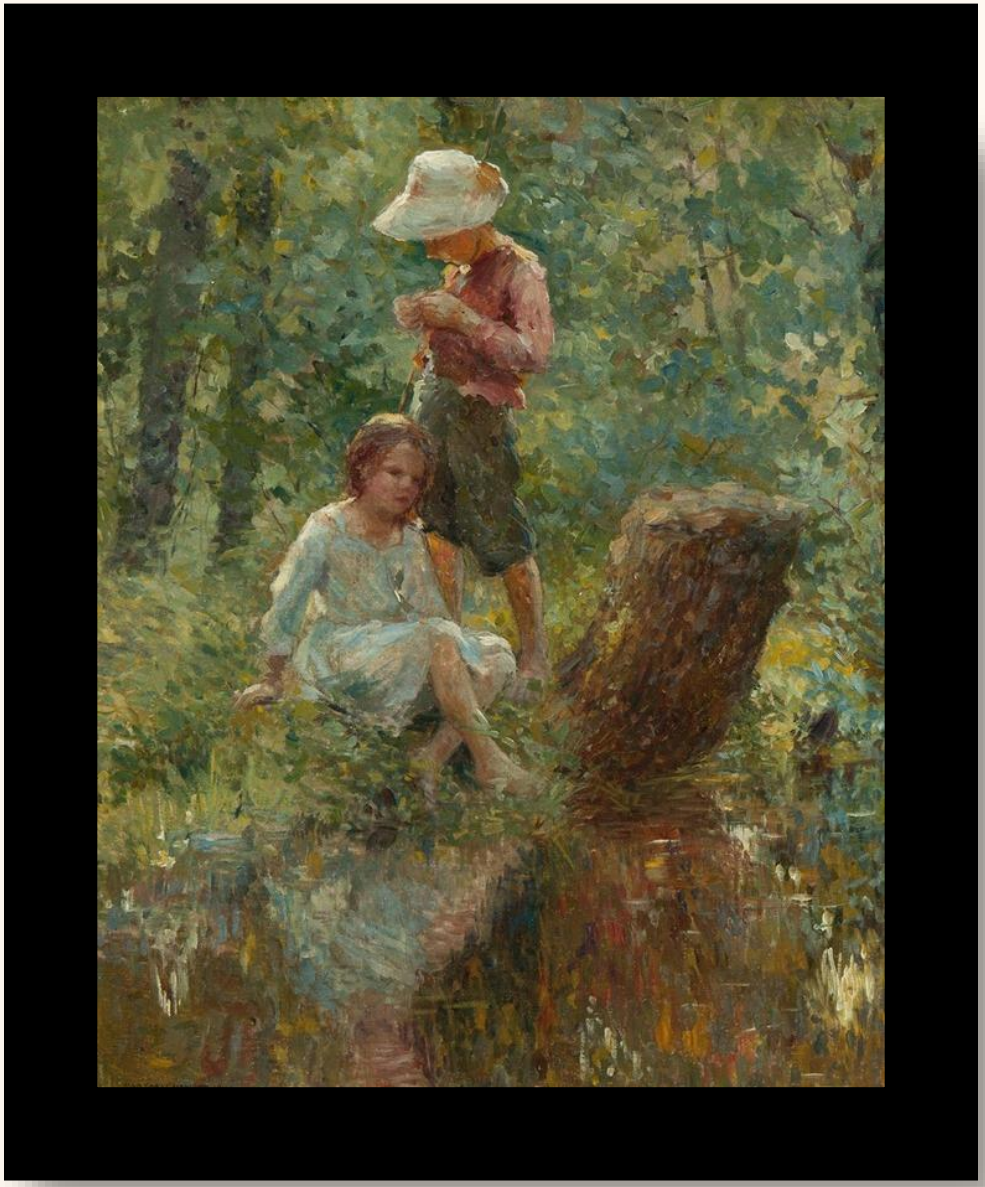
Es este libro un viaje del siempre, bajo cualquier día, por encima de las horas, bajo la verdadera poesía. Es, el asombro. ¡Enhorabuena POETA!

Adam Emory Albright









[Mapa
de lo agreste]

Saeed Salama

En una época dominada por la inmediatez, donde el valor de las palabras parece medirse en visualizaciones, "likes" y reacciones instantáneas, surge una pregunta inevitable: ¿sigue teniendo sentido la poesía en el mundo contemporáneo?

A primera vista, podría parecer que no. La poesía no es tendencia, no es urgente, no compite con la velocidad de las noticias ni con el ruido constante de las redes sociales. Y, sin embargo, precisamente por eso, la poesía sigue siendo necesaria.

La poesía no llega para imponerse, sino para permanecer. Siempre parece llegar la última… pero, en realidad, es la última en marcharse.

Su función no es tecnológica ni informativa, sino profundamente humana. Mientras el lenguaje cotidiano se vuelve cada vez más funcional, reducido y acelerado, la poesía hace lo contrario: expande el significado, detiene el tiempo y devuelve a las palabras su peso original. Donde otros lenguajes simplifican la emoción, la poesía la nombra, la habita y la hace visible.

Cuando el lenguaje común es incapaz de sostener el dolor, la poesía aparece como una forma de resistencia íntima. No ofrece soluciones ni respuestas inmediatas, pero hace algo esencial: reconoce la herida. Y en ese reconocimiento, el ser humano deja de sentirse solo.

A lo largo de la historia, esta función se ha hecho evidente en los momentos más extremos. En tiempos de guerra, cuando las casas son destruidas antes que los sueños, la poesía no ha sido más fuerte que la bala, pero sí más persistente que el silencio. Ha dado testimonio, ha guardado memoria y ha sostenido la voz de quienes no podían hablar.

Pero no solo en la tragedia. También en la vida cotidiana, en esos espacios invisibles donde ocurre lo más importante: el miedo, la pérdida, el amor, la incertidumbre. La poesía se instala ahí, en lo que no se puede medir ni cuantificar.

En un mundo donde el individuo corre el riesgo de convertirse en cifra, perfil o algoritmo, la poesía actúa como un espacio de resistencia frente a la deshumanización. Nos recuerda que no somos datos, sino experiencias; no somos números, sino historias.

Incluso en los tiempos de felicidad impuesta —cuando se exige estar bien todo el tiempo— la poesía cumple otra función silenciosa pero necesaria: legitimar la fragilidad. Decirle al ser humano que tiene derecho a no estar bien, a dudar, a sentirse perdido.

La poesía no promete la salvación. No transforma el mundo de manera inmediata ni visible. Pero acompaña. Y a veces, acompañar es la forma más profunda de resistencia.

Quizá por eso la poesía sigue siendo necesaria: porque no intenta cambiarnos, sino comprendernos. Porque no nos exige respuestas, sino que nos ofrece un lugar donde

existir sin explicaciones.

En un mundo que cambia constantemente, la poesía permanece como testigo de lo que nunca ha cambiado: la necesidad humana de ser escuchado, de ser amado, y de que alguien, en algún lugar, le diga: no estás solo.

[Bestiarium]

ORPHEAS GREEN

Fotógrafo griego, radicado en Atenas.Sus intereses fotográficos son variados, incluyendo animales, arquitectura, naturaleza y el cielo nocturno.

RUBÉN GONZÁLEZ LEFNO

Chile. Es un destacado escritor, profesor e investigador cultural nacido en Valdivia, Chile. Se tituló como Profesor de Castellano en la Universidad Austral de Chile en 1978. Durante las décadas de 1970 y 1980, concentró sus esfuerzos en luchar contra la dictadura militar chilena. Lideró la fundación del Coordinador Cultural de Valdivia para unir artistas y recuperar la democracia. En el ámbito del cine, cofundó el prestigioso Festival Internacional de Cine de Valdivia en 1994. También impulsó el ecosistema literario regional tras crear la Feria del Libro de Valdivia en 1992. Su narrativa de ficción aborda de forma recurrente la memoria histórica del sur chileno. Es autor de obras fundamentales como la novela histórica *Lo llamaban Comandante Pepe*.Ha publicado aclamados libros de cuentos como *La montaña rebelde* y *El diablo a pata*. Su más reciente entrega ficcional es la compilación de cuentos titulada *El árbol de la Sabiduría*.

ZINDY RODRÍGUEZ TAMAYO

México. Ha realizado estudios en Antropología social, Letras hispánicas, Filosofía de la ciencia e Historia del arte. Autora de *Animal distinto*. Ejerce la docencia, la investigación académica y el periodismo. Ha dictado conferencias sobre Propiedad intelectual y Derechos de autor, y realiza, desde la resistencia cultural, la promoción y el fomento a la lectura. Como editora ha estado a cargo de libros y revistas tanto para instituciones públicas como privadas. Actualmente impulsa de manera independiente su propio sello editorial Granito de Sal 88. También es chacharera, aprendiz de anticuaria y tarotista.

MARTA EMMANUELLI

Poeta, traductora y escritora. Estudió química y traducción en la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Trabajó como traductora para *The San Juan Star*, cuando publicaba su versión en español, donde fueron publicadas varias de sus columnas de opinión y trabajos poéticos, tanto en inglés como en español. Se ha desempeñado como editora y ha traducido las obras literarias de poetas como Iris Miranda, Marcos Reyes y Lynette Mabel Pérez, de Puerto Rico, y

Blanca Salcedo, de Argentina. También tuvo a su cargo la revisión de la traducción al inglés de la más reciente antología del Grupo Guajana. Sus obras han sido publicadas en revistas y en antologías (*Escritores puertorriqueños en el siglo XXI* (Gaviota), *Poets and Places*, *Canto planetario*, *Hadouken* y *Bioversa* (ambas de Gnomo Literario) y *Poetas sin tregua 2* (ICP), entre otras. Sus libros publicados son *Claroscuro: Mosaico de luces y sombras*, *Figuras para un eclipse*, *Diálogos de Liverpool/The Liverpool Dialogues*, *Rasgaduras* y su antología *Visita al origen*. Al presente trabaja en varios poemarios que espera publicar pronto.

SORAYA MARCANO

Puerto Rico. Escritora y artista radicada en Madrid. Obtubo su Licenciatura en Artes (BA) en la Universidad de Puerto Rico. Posteriormente, completó un Master en Bellas Artes (MFA) en el Institutio de Nueva York. Ha publicado: "De lo domestico," Women Writing History. National Women's History Museum. 2020; "From depopulation, to repopulation, to mass migration: images of mobility." Southeastern College Art Conference. Abstracts 38. 2010; "Libros de Arte Latinoamericanos," Noticias de arte. Febrero. Página 25. 1996; "Mobility and Art," Southern Connecticut State University Women's Studies Program. 26. 2012; Poesías en revista de poesía Amaneceres. No. 6, 7, 8. 1986, 87, 88; "Sonrisa en la mirada." Intramuros. Edición Internacional. No 61. 2026;"Spanish Caribbean: Liquid Identity." Island Song: A Global Repertoire, Scarecrow Press Inc. 2011. Página Web: *https://sorayamarcano.jimdofree.com/*

JULIE PAOLA LIZCANO

Colombia. Es psicóloga y magíster clínica y de la salud de la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Escribe desde los 14 años. Sus primeras publicaciones se encuentran en el Magazine de El Espectador, uno de los periódicos más importantes e influyentes de su país. Ganadora del Premio Pablo Rispo de psicología en el año 2014, por sus investigaciones en el área de la Logoterapia y el Análisis Existencial. Sus textos están influenciados por escritores como Albert Camus, Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Emil Cioran, Alejandra Pizarnik, entre otros… en el que explora lo absurdo, lo poético, lo nihilista y lo existencial del ser humano. Su interés particular es relacionar la filosofía y la psicología. Actualmente quiere afianzar y profundizar en sus estudios filosóficos y literarios. Es autora de diversos artículos científicos y libros de antología a nivel nacional e internacional.

SULMA MONTERO

Bolivia. Es una autora multidisciplinar, oriunda de La Paz. Con estudios superiores en Literatura, Diseño y Artes. Publicó: *Mujer con muñecas*; *Infancia; Tania en flor*; *Capricho*; *Adenda (antología íntima);* colección *Formas de poesía latinoamericana*; *Casi poemas* (poesía); *Estuche original; Escritas en bordó/Con fondo de agua dulce* (narrativa); *Serena* (novela); más la edición y recopilación de *El Llamo blanco (fragmentos estelares)* de Jesús Urzagasti. Ha representado al Estado Plurinacional de Bolivia en Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Venezuela, México, Grecia y China. Sus poemas han sido traducidos al árabe, inglés, portugués, chino, ruso, hindi, maharati y griego. Publicó en revistas de Costa Rica, Venezuela, Argentina, India, África, Camerún, Katmandú y China. También se dedica a la escultura y a la dramaturgia.

.

MARCELA BARRIENTOS

Argentina. Es poeta, escritora, locutora y gestora cultural radicada en Buenos Aires. Con formación jurídica y musical, dedicó casi treinta años a la educación particular para estudiantes con dificultades de aprendizaje. Su obra literaria, que abarca el verso libre y las estructuras clásicas, se enfoca principalmente en la poesía de índole social, abordando la migración, la crisis climática y la violencia de género. Es autora del poemario impreso *Buscadora de Palabras* (2022) y de diversos títulos digitales como *Sueños de una poeta*. Además, colabora en revistas culturales internacionales y produce el espacio radial e independiente *El Arte del Encuentro*, desde donde promueve la difusión artística y la cohesión social.

VANESSA FENS

México. Licenciada en Derecho de la Universidad de Veracruz. Poeta, escritora y bailarina (Facultad de Danza). En 1998 emigra a Italia. Un periodo funge como traductora simultánea, ex-integrante del performance-*infusione*, participó en diversos eventos poéticos (Europa). En México colaboró para revistas y suplementos culturales: *La jornada***,** *Nocturnario, Cardenal, Círculo de Poesua, Taller Igitur y* otras. Traducida al italiano, publicacada por el Centro Cultural *Tina Modotti*. En 2023 creó el concepto alternativo *Poetikando*. Su poesía figuta en la antologia *Mezcal y Poesia*. Ha publicado *El Paraíso de las Luciérnagas* (MalPaso, 2025). Actualmente radica entre Londres y Milán.

LIMARY RUIZ APONTE

Puerto Rico. Es profesora e investigadora puertorriqueña. Posee un doctorado en Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, con especialidad en literatura puertorriqueña y teatro contemporáneo. Actualmente se desempeña como profesora de español en la Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto de San Germán. Ha enseñado cursos de literatura, lengua, comunicación y redacción en diversas instituciones universitarias. Sus investigaciones se centran en el teatro puertorriqueño contemporáneo, el performance, la memoria y las escrituras del Caribe. Ha publicado artículos en revistas académicas y culturales y es autora de *Bravata* (2018).

ANA POBO

España. Es una destacada fotógrafa, escritora y poeta con una sólida trayectoria en la memoria histórica y la lírica visual. Conocida también como Anuska, su obra fotográfica ha alcanzado proyección internacional, exhibiéndose en ferias y galerías de Nueva York, Shanghái, Tokio y Valencia. Es autora de libros como *Las huellas del Pasado* y *Teruel Historia y Arte*, volúmenes que rescatan el patrimonio identitario a través de la imagen. Seleccionada para representar a España en la VI Bienal Internacional de Arte SIART (Bolivia, 2009) y en la 1ª Bienal de Fotografía de Quito (Ecuador, 2011), colabora habitualmente en revistas culturales independientes donde fusiona sus series visuales con la poesía y el microrrelato.

ANGELES SANTOS TORROELLA

Portbou, España, 1911 – Madrid, 2013. Fue una pintora y artista gráfica fundamental de la Generación del 27, cuya obra cabalgó entre el surrealismo, el expresionismo y el realismo mágico. Destacó de forma fulgurante en su juventud cuando, con apenas dieciocho años, creó su obra maestra “Un mundo” (1929), un lienzo monumental de estética onírica y transgresora que causó admiración en intelectuales como Federico García Lorca y Jorge Guillén. Tras sufrir una crisis emocional que la apartó temporalmente de los pinceles, su estilo evolucionó hacia paisajes y retratos más intimistas y sombríos. Vinculada a los círculos de vanguardia de Valladolid y Madrid, su legado fue rescatado en las últimas décadas del siglo XX, consolidándose como una de las voces pictóricas más singulares de la vanguardia española.

RAFAEL BRITO

Fotógrafo portugués.

MARGARITA BUSTOS

Chile. Docente, poeta, editora y gestora cultural. Diplomada en escritura creativa en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Magíster en Género y Estudios Culturales. Algunos de sus poemas han sido publicados en las Revistas hispanoamericanas: *Círculo de Poesía*, *El Golem*, *Buenos Aires Poetry*, *La Primera Vértebra*, *Liberoamérica*, *Mal de ojo*, *Trilce*, *Valpoesía*, *Cine y Literatura*. Ha participado en Encuentros literarios nacionales e internacionales en México, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Uruguay. Durante los últimos 14 años se ha desempeñado como gestora cultural organizando ciclos literarios, tertulias poéticas y presentaciones de libros. Realiza talleres literarios de escritura creativa, poesía, memoria y derechos humanos. Es miembro de la Academia Gloriense de Letras (Sergipe, Brasil) Co-directora del Ciclo de Literatura de mujeres: Versadas. Organizadora del encuentro Poético Musical: Colusión Poética y La Ciudad de las mujeres. Traducida al rumano, croata y portugués. Libros Publicados: *Maldigo el paraíso de tu abandono*, *Eros en la Lengua*, *Existencial (es)* y *Desde la herida***.** También es editora de la Antología Hispanoamericana *NosOtras: fugas y resonancias poéticas* (2024).

MARIOANTONIO ROSA

Puerto Rico. Es poeta, editor, crítico literario, periodista, docente e investigador adscrito a la Universidad de Puerto Rico. Egresado en Entre sus libros se encuentran, *Misivas para los tiempos de paz* (1997), *Tristezas de la erótica* (2004), *Duelo a la transparencia* (2006) y *Kilómetro sur* (2013). Además de su labor como ensayista, sus textos creativos han sido publicados en prestigiosas revistas y portales internacionales de México y el Caribe, consolidándolo como una voz esencial de la lírica puertorriqueña contemporánea.

ADAM EMORY ALBRIGHT

Monroe, Estados Unidos, 1862 – Warrenville, Estados Unidos, 1957. Fue un destacado pintor y artista gráfico estadounidense, reconocido por su influencia en las artes plásticas del Medio Oeste. Formado bajo la tutela de Thomas Eakins en Filadelfia y en academias de Múnich y París, consolidó un lenguaje visual que fusionó el realismo americano con pinceladas de influencia impresionista. Aunque comenzó como paisajista, su obra madura se centró en la representación lírica e idealizada de niños en entornos rurales, convirtiéndose en uno de los pintores más expuestos y coleccionados en el Instituto de Arte de Chicago a inicios del siglo XX. Comprometido con la docencia en su propio taller y la gestión institucional, su legado de meticulosa composición geométrica y orgánica influyó profundamente en las siguientes generaciones de creadores, entre ellos sus hijos, los también artistas Malvin e Ivan Albright.

SAEED SALAMA

Egipto. Poeta y traductor de Quesna, provincia de Menofía (Egipto). Ha publicado libros de poesía en árabe y español, y su obra ha sido traducida a varios idiomas. Su escritura aborda la memoria, la familia, el exilio y la dignidad humana, entendiendo la poesía como una forma de resistencia y un refugio para el ser humano. Actualmente continúa colaborando con proyectos culturales internacionales, construyendo puentes entre lenguas y culturas.

letras salvajes